

Exmo. Sr. D. J. L. Estrada
Licenciado en Letras

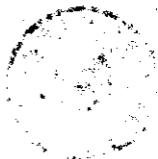
OBRA'S

DEL

CANONIGO SCHMID.

*Requiere que se ponga a la venta
con mucha urgencia y a un precio
a la venta de los señores de Sancho y otros*

DOS



TUEVOS DE PASCUAS.

X-61-132081-8

BIBLIOTECA UNIVERSIDAD DE MALAGA



6104373646

MADRID:

IMPRENTA Y CASA DE LA UNION COMERCIAL.

1844.

11



ESTE cuento lo han leído ya muchos niños; y no solo ellos, sino aun otras personas de mas edad, lo han acogido como un entretenimiento útil é instructivo, y lo han escuchado con el mayor placer.

Por eso he creído que también os gustaría á vosotros, jóvenes amigos míos, y también á vuestros hermanos y padres; y he querido imprimirlo para que os sirva de feria en tiempo de Pascuas.

Su argumento es en verdad una cosa muy pequeña, como lo indica su mismo título. «*Los Huevos de Pascuas*; pero vosotros leereis sin duda con placer como un huevo, uno de los dones mas pequeños de la Providencia, pudo llegar á ser el instrumento maravilloso de su sabiduría y de su omnipotencia, y convertirse en un gran beneficio para el hombre; y como este Dios, siempre bueno, se sirve de las cosas mas pequeñas para manifestarnos su prevision paternal, y su inagotable solicitud.

Estas y otras á este tenor son las instrucciones que contiene el presente librito: todo lo demás es secundario, y

no debe mirarse sino como un recreo inocente. Es como el huevo que vuestra madre os da en tiempo de Pascuas; que no solo os sirve de alimento sano y nutritivo, sino que os alegra la vista con su precioso aspecto y sus risueños colores.

EL AUTOR.



CAPITULO PRIMERO.

¡BUEN DIOS! ¿CÓMO ES QUE NO HAY AQUI
GALLINAS?



EN un angosto valle rodeado de florestas y dominado por altas y escarpadas montañas, vivian hace ya muchos siglos unos pobres aldeanos, de oficio carboneros. Sus

cabañas estaban diseminadas sin orden alguno á la falda de las laderas; algunos cerezos y perales que las rodeaban, las ponian á cubierto de los ardores del sol; y un reducido campo sembrado de trigo, de lino, ó de cáñamo, con una vaca y unas cuantas cabras, constituian el patrimonio y la fortuna de cada familia. Estas buenas gentes se procuraban además la subsistencia haciendo carbon para las fraguas, y herrerías que habia en la montaña; y eran felices á pesar de su estrechada pobreza, porque sus deseos se hallaban satisfechos con lo poco que poseian. Su vida laboriosa, dura y sóbria les proporcionaba una completa salud; sí que se encontraba frecuentemente en estas cabañas lo que en vano procuráramos buscar en los grandes palacios; á saber: ancianos, cuya avanzada edad pasaba ya de los cien años.

Un día de aquellos en que la avena comenzaba ya á ponerse pagizá y el calor iba cobrando una fuerza considerable, la hija de uno de los carboneros que se ocupaba en apacentar su pequeño ganado, llega corriendo á la casa de sus padres, casi sin aliento, y les anuncia que habian entrado en el valle unos extranjeros vestidos de una manera muy rara, y que hablaban un lenguaje desconocido: eran estos una señora de distincion, dos niños y además un anciano, que aunque tan bien portado como los demás, tenia trazas de no ser mas que su criado. «Estos viajeros, añadió la niña, se mueren de hambre y están rendidos del cansancio. Iba yo buscando una cabra que se me habia descarriado, cuando los encontré y les enseñé el camino que conduce á este vallado. Seria preciso darles algo de comer y de beber, y ver si po-

demos ofrecerles un asilo para que pasen lá noche en nuestra cabaña ó en la de alguno de los vecinos.» No bien escucharon sus padres esta triste relacion, cuando, provistos de leche, queso y pan de cebada, corrieron apresuradamente en busca de los extranjeros.

En el entre tanto los gavieros se habian sentado junto á una roca poblada de arbustos y matorrales, á cuya sombra respiraban alguna frescura. La Señora se habia colocado sobre un risco cubierto de musgo; un velo de gasa fina ocultaba su rostro, y tenia sobre sus rodillas á uno de sus hijos, que era una niña muy juguetona y muy linda. El criado, anciano ya respetable y servidor antiguo, se ocupaba en aliviar á su macho de la pesada carga que llevaba; y el otro niño, que era tan alegre como hermoso, cogia cardos para el mu-

lo, el cual los devoraba con una ansiedad inesplicable.

El carbonero y su muger se aproximaron respetuosamente á la forastera; porque en su noble continente y sus blancos y largos vestidos conocieron que debia ser una señora de alta distincion. «Mira, mira, le decia la carbonera á su marido, qué collares tan lindos, qué finos encages, por entre los cuales apenas se vén sus delicadas manos, y qué zapatos!... tan blancos como las flores de nuestros cerezos, y llenos de bordados de plata!» Pero su marido le impuso silencio, y le reprendió diciéndole. «Tú no piensas mas que en vanidades, y no reflexionas que las personas de distincion tienen que llevar tambien ricos vestidos: pero el vestido no hace al hombre de mejor condicion, y su elegante calzado no le ha impedido á esta buena señora dar mu-

chos traspíes en estos malos caminos.»

El carbonero y su muger ofrecieron á los extranjeros la leche, el pan y el queso. La Señora se levantó el velo y ambos quedaron admirados de la dulzura y la nobleza de su semblante. Ella les dió miles de gracias, hizo beber leche de cabras en una escudilla de tierra á la niña y lágrimas de dulce consuelo bañaban sus sonrojadas mejillas, cuando vió que la niña tenia el vaso con su misma manecita y bebia con la mayor ansiedad.

Tambien se acercó á ella su hermoso niño y bebió leche: despues le dió á cada uno de ellos un pedacito de pan, y ya no pensó mas que en cuidarse á si misma y saciar su apetito. El anciano se contentó con un vaso de leche y el queso, del que comió en abundancia.



Entre tanto que comian , llegaron al oído de la noticia todos los habitantes de las chozas vecinas, los cuales se reunieron alrededor de los forasteros formando un círculo , y les miraban con tanto asombro como curiosidad.

Cuando el anciano hubo satisfecho

su apetito, se dirigió á aquellos honrados aldeanos, suplicándoles que le cediesen un cuarto en alguna de sus cabañas para la Señora y sus niños; añadiéndoles que su estancia no les seria gravosa, porque ella les pagaría religiosamente lo que conviniesen. «Oh! sí, les dijo la Señora con una voz dulce y penetrante, tened compasion de una madre con dos hijos á quienes una desgraciada suerte los ha arrojado de su patria y de sus hogares.»

Los hombres se reunieron entonces para deliberar sobre lo que debian resolver.

En el hondo de este solitario valle se escapaba por entre unas rocas de mármol rojizo un arroyo bastante caudaloso, que formaba vistosas cascadas precipitándose de roca en roca con abundante espuma, y daba vueltas á la rueda de un molino, que parecia allí

como suspendido en medio de las rocas. Hacia la otra parte del arroyuelo había construido el molinero una linda casita: era, es verdad, de madera sola, como todas las demas cabañas de aquel valle; pero estaba toda cubierta de copudos cerezos, la rodeaba un lindo jardincito, y descubria además una vista encantadora. El molinero se apresuró á ofrecerla á la forastera por si gustaba habitarla.

«Mi casita, que veis allá arriba, le dijo señalándola con la mano, está enteramente nueva; yo os la cedo de buena voluntad tal como es. Nadie ha vivido en ella todavía, porque la he hecho construir para habitarla yo mismo el dia en que ceda el molino á mi hijo. Parece que el Señor la tenia destinada para vos, y yo le doy gracias por ello; porque ayer se ha acabado, y desde hoy podeis ya entrar en ella; lo mismo que

si se hubiera hecho para vos espresamente. Estoy bien seguro de que os gustará.»

La buena Señora quedó encantada de esta oferta tan cariñosa, y despues de descansar algunos instantes, se dispuso á subir á su nueva casa. Tomó la niña en sus brazos, el anciano llevaba de la mano al niño, y el molinero se encargó del macho. La Señora encontró, con gran satisfaccion del molinero, muy cómoda y agradable aquella casita, que se hallaba ya provista de una mesa y algunas sillas y unas tablas de cama. Ella habia traído en su macho tapices magníficos y ropa blanca muy fina. Así que pudo pasar allí la noche cómodamente, y antes de acostarse, ella y sus niños dieron gracias á Dios con toda la efusion de su alma de haberles ayudado á encontrar, despues de andar errantes por tan largo tiem-

po, un asilo tan cómodo y agradable.

«¿Quién hubicra imaginado jamás que yo, criada y educada en los palacios, me había de creer algún día feliz en ser recogida en una cabaña como esta? Ah! y cuánta necesidad tienen los grandes de ser caritativos y bondadosos para con sus inferiores! Aun cuando sus corazones se hubiesen endurecido hasta el punto de no hacerlo por humanidad, lo deberían hacer siquiera por prudencia; porque nadie sabe lo que puede un día sucederle.»

A la mañana siguiente la Señora salió muy temprano con sus dos niños para reconocer un poco los alrededores que el cansancio les había impedido visitar el día anterior. Sorprendidos quedaron al contemplar el hermoso cuadro que se presentaba á sus ojos. Las cabañas, ya solas, ya reunidas en grupos, aparecían como sembrados en

aquel verdoso valle; por enmedio de ellas serpenteaba la corriente pura y plateada del arroyo, y las rocas, ostentando una infinita variedad de formas y de colores, estaban cubiertas de malezas y de arbustos que mordían las cabras. Este magnífico cuadro, iluminado ahora con los primeros rayos del sol naciente, presentaba un conjunto tan hermoso y tan imponente como no hubiera podido soñarlo nunca la imaginación del mas hábil pintor.

Así que el molinero divisó por entre los montes á la Señora y los niños, salió á toda priesa del molino y atravesó el estrecho puente que conducía al otro lado del río. ¿No es cierto, les dijo así que estuvo cerca de ellos, que no podría encontrarse en todo el valle un sitio mas agradable y ameno? Aquí es donde vienen á herir siempre los primeros rayos del sol con su luz delicio-

; y muchas veces cuando en el hondo valle están las chimeneas de las cabañas cubiertas de espesos nubarrones, se disfruta aquí la vista de un cielo azul y espejado.»

Pero lo que mas llamaba la atención de los niños era la rueda del molino que da vueltas sin cesar con tanta rapidez y tanta constancia. Al niño, sobre todo, le tenia agradablemente entreteído el ruido de los batanes del molino y el embate de las aguas que se pascian á la leche cuando hiere. La niña fijaba mas su atención en las piedras brillantes que llevaba el arroyo, y que se asemejaban, segun decia ella, á las gotas de agua atravesadas por los rayos del sol, cayendo sobre la rueda del molino.

La Señora empleó todo el dia de la mejor manera que podia hacerlo en este pobre y reducido valle. Sus habitan-

tes se esmeraban á porfia en proveerla de toda clase de utensilios, de madera para calentarse, vajilla de tierra, batería de cocina, y otra multitud de objetos necesarios y útiles.

La niña que le habia enseñado el dia anterior el camino del valle, y que se llamaba Marta, entró desde luego en su servicio.

«Antes de todo necesito huevos, le dijo la Señora al tiempo de prepararse á hacer su cocina. Vé, pues, á ver si me los compras.»—«Huevos! preguntó Marta llena de admiracion; ¿y para qué?»—¿Para qué? hija mia, le respondió la Señora; para cocerlos. Vé pronto y despachate en volver.—«Para cocerlos? replicó la nueva criada: si los pájaros ya no ponen... además de que sería un trabajo... porque habria menester de cien huevos de pardillo y de alondras para saciar á cuatro per-

sonas.»—«Qué es lo que estás diciendo? repuso la Señora. Quién te habla de huevos de pájaro? Huevos de gallina es lo que yo necesito.» A estas palabras Marta se encogió de hombros y le dijo: «Señora, yo no sé que pájaros son esos: nunca los he visto.»—«Buen Dios, exclamó la Señora, con que no se conocen aquí las gallinas!»

En efecto, las gallinas nos vinieron del Oriente, y en la época de nuestra historia era tan rara en ciertos lugares una gallina, como lo es hoy generalmente un pavo real.

En un país en donde tampoco podía encontrarse buena carne, la Señora se vió bien llena de dificultades para poder hacer su cocina. «Jamás hubiera creído, hasta ahora que me veo privada de ellos, que un huevo era un don tan estimable de la Providencia. Oh! así me ha sucedido con otras mu-

chas cosas durante el curso de mi vida! Por eso son buenas las privaciones y las necesidades, en cuanto nos hacen conocer la inagotable solitud del Ser Supremo, y nos inspiran reconocimiento por los muchos beneficios que no le habíamos agradecido en nuestros tiempos de prosperidad.»

La buena Señora se vió pues obligada á reducir las necesidades de su apetito; pero los habitantes del valle hacían cuanto estaba de su parte por serle útiles en algo. Hallaba el molinero una excelente trucha ó el carbonero un par de tordos, al momentò iban llevárselos á la Señora. El criado anciano que habia traído consigo era sobre todo, el que le hacia mayores servicios. Ella poseia aun algunas alhajas y piedras preciosas de gran valor; se las daba de tiempo en tiempo, partía con ellas, y permaneci

ausente algunas semanas para venderlas. Cuando volvía era siempre cargado de mil utensilios necesarios para el menage de la casa. Los habitantes del valle observaron que cada vez que volvía el criado, la Señora se ponía muy alligida, y sus ojos estaban encendidos de llorar. Bien hubieran deseado saber quiénes eran y de dónde habían venido aquellos extranjeros; pero no se atrevían nunca á preguntárselo á la Señora misma, y cuando trataban de averiguarlo por medio del criado, este les decía unos nombres tan raros que ellos apenas podían repetirlos, y en menos de un cuarto de hora los tenían ya enteramente olvidados. Por fin, notando que el malicioso viejo se burlaba de su curiosidad, se dirigieron á los niños.—«Dínos, le decían al niño mayor, ¿cómo se llamâ tu madre? Nosotros no lo diremos, no tengas cuida-

do; dínoslo al oído.»—El niño les decía entonces muy bajito y con la mejor intención del mundo. «Se llama *Mamá.*» La niña mas pequeña les daba la misma respuesta, de modo que se vieron precisados á aguardar del tiempo el esclarecimiento de este misterio.





CAPITULO II.

¡GRACIAS A DIOS, QUE AL FIN TENEMOS
GALLINAS!



LEGÓ un día el
buen anciano,
que se llamaba
Kuno, de una
de sus espedi-
ciones, trayen-
do sobre sus es-
paldas una jaula
con un gallo y

«Qué pájaro es este tan extraordinario?» exclamaron á una voz, porque aun no conocían su nombre: «no hemos visto en toda la vida otro tan hermoso. ¡Qué hermosa cresta tiene sobre la cabeza; el encarnado de las flores del campo no es tan brillante como el suyo. Sus plumas doradas y rubias brillan mas que las espigas ya secas á los rayos del sol en poniente. ¡y su cola! parece una hoz para segar las mieses.» No les gustaron menos las gallinas. Habia dos negras con la cresta de color de fuego, dos blancas con moño y dos de un color pardo tirando á rojizo, sin cola.

La Señora echó á estas aves muchos puñados de avena, que desaparecieron bien pronto. Los muchachos formaban círculo en derredor de ellas, de pié ó de rodillas mirándolas con un asombro inesplicable.

Cuando concluida la avena habian sa-

ciado las aves su apetito, el gallo empezó á cantar batiendo sus alas, y todos los muchachos á reirse espresando la alegría que les causaba aquel canto. Al retirarse todos los chiquillos iban gritando : Kikirikí!... Las niñas procuraban imitarlos, pero no podían llegar á gritar tan fuerte. Cuando llegaron en casa de sus padres, no cesaron de hablar un momento sobre estas aves tan raras, que, según decían ellos, eran más grandes que las palomas y aun que los mismos cuervos y contaban que sus colores eran mil veces más bellos que los de todos los pájaros que se conocían en el valle. « Y además, dijo María la hermanita de Marta , llevan encima de la cabeza unas caperuzas enarnadas como no las hemos visto nunca en las demás aves de los bosques. La curiosidad llegó á apoderarse también de los padres; vinieron con efecto á ver á los nuevos

volátiles, y quedaron tan sorprendidos como sus hijos.

Al cabo de algun tiempo se puso á empollar una de las gallinas. Marta era la encargada de llevarle el alimento. La Señora llevó un dia á los muchachos para que viesen el nido, y quedaron asombrados de ver la gran cantidad de huevos que contenia. «Quince huevos! exclamaron. Y las palomas salvages no ponen mas que dos; otras aves á lo mas cinco. ¿Pero cómo ha de hacer esta gallina para criar tantos hijitos?»

Cuando los pollos estaban ya para salir del cascaron, la Señora quiso proporcionar este nuevo placer á los muchachos y los hizo llamar. Precisamente era aquel dia de fiesta, de modo que con los muchachos vinieron tambien muchas personas grandes. La Señora las enseñó un huevo ya roto. Oh! y cuánto placer les causó ver los esfuerzos que ha-

cia el pollito por salir de él. La Señora le ayudó á romper el cascaron. Y el asombro de los circunstantes llegó á su colmo cuando vieron aquella tierna avecilla, ya vestida de una ligera plumita, echar unas miradas tan vivas con sus ojitos negros, y correr con tanta facilidad; mientras que las demás aves vienen al mundo desnudas, ciegas y endebles. «Esto es maravilloso, exclamaban todos los muchachos; no hay animalitos como estos en todo el Universo.»

Pero es superior á toda esplicacion el gozo que experimentaron los niños y sus padres cuando vieron aquella gallina tan hermosa y tan hueca venir por la primera vez en medio de la verde pradera con sus quince pollitos. «No puede verse una cosa mas bella» dijo un carbonero.—«Y no oyes, le dijo su muger, como la madre llama á sus hi-

jitos, y ellos la siguen al momento que escuchan su voz? Así debiais ser vosotros, muchachos, tan dóciles y tan obedientes.»

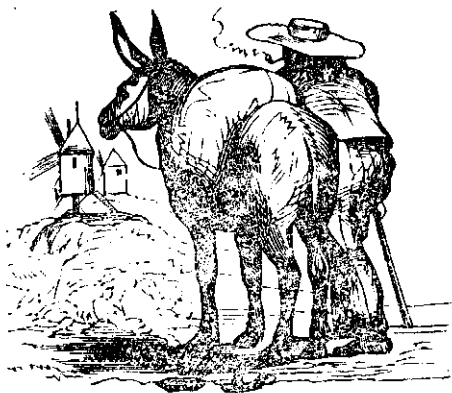
Uno de estos muchachos tomó en la mano un pollito, solo por examinarlo mas de cerca. Pero el animalito empezó á piar de tal manera, que su madre, corriendo con las alas abiertas, saltó sobre la cabeza del curioso. Este se asustó de tal manera, que principió á pedir socorro. Y ciertamente que la gallina le hubiera sacado los ojos si no lo hubiera soltado tan pronto. El padre le reprendió duramente, y su madre le dijo: «Ved como este fiel animal defiende y ampara á sus hijos: su conducta podria servir de ejemplo á los hombres.»

Cuando la gallina se encontraba alguna fruta picada de los pájaros, comenzaba al momento á cacarear y los

polluelos se juntaban alrededor de ella. La madre la hacia pedazos con su pico, y distribuia, por decirlo así, á cada uno su parte. Todos se quedaron admirados de ver estos animales tan pequeños, no sólo correr, sino tambien comer, contando apenas un dia de existencia.

El sol se oscureció en un momento, cubierto por las nubes, y al momento los pollitos se juntaron bajo las alas de su madre para calentarse. Esto es sin duda lo mas bello de todo, decian los concurrentes. «No puede darse cosa más graciosa que el ver salir por cada parte una cabecita debajo del ala de la gallina, ó bien á uno de los polluelos descubrirse un poco é ir luego á esconderse en otro sitio.»

El molinero que se distinguia en medio de todos estos negros carboneros por sus vestidos llenos de harina,



á quien su buen sentido y sus maneras
breves y desembarazadas hacian superior
los demás, les dijo. «Qué cosa tan ma-
villosa es lo que vemos en estas aves!
Fácil es, en verdad, ver las señales mar-
das de la mano de Dios en todos los
nómenos de la naturaleza; pero cuan-
do llegamos á descubrir alguna cosa

que antes no conocíamos, su omnipotencia, su sabiduría y su bondad nos asombran todavía mas. Observad sino qué felicidad es el que estos polluelos puedan correr y comer tan pronto: si su madre se viera precisada á traerles á todos ellos el alimento en el pico, como la golondrina lo hace con sus hijos, no podría abastecerlos jamás. Es otro instinto no menos maravilloso el que tienen de seguir á su madre y obedecerla cuando les llama: si cada uno se fuera por su lado, dotados como están de la facilidad de correr, su madre no podría reunirlos jamás y se perderían. Pero lo que me pone en confusión es el pensar de dónde saca esta gallina todo ese valor con que sabe defender sus hijuelos. Mil veces he llamado á estos animales necios y cobardes, porque huían á cada momento que me veían pasar á su lado, aunque

bien podian conocer que yo no llevaba intencion de hacerles mal. Y sin embargo, el carácter de esta madre ha cambiado ahora de tal manera, que no teme defender á sus polluelos contra un hombre. Tambien me he divertido otras veces en ver á estas gallinas disputarse un pedazo de pan, ó de fruta, y en observar como en el momento que una de ellas llegaba á atrapar un buen pedazo, huia de las demás para comerlo, y las otras corrian detrás de ella para quitárselo. Ahora esta gallina ha depuesto toda su voracidad: llama á todos sus polluelos, y no toca nada hasta que ellos estén ya saciados. Creo que esta buena madre se moriria antes de hambre que consentir que quedase hambriento uno solo de sus hijos.

«Esa tierna sollicitud con que la gallina conduce sus polluelos, les busca el alimento, los defiende y los calien-

ta bajo sus alas, es un instinto que Dios le ha inspirado, porque la Providencia no abandona ni aun á estos pobres animales. Y ¿cómo podríamos nosotros desconfiar de ella? ¿No debe mirar por nuestra suerte con mayor interés? Sí, sin duda; así pues, buen ánimo, compañeros. Dios lo hace todo para nuestra mayor felicidad. El tiene cuidado de todas sus criaturas, y en particular del hombre, que vale mas á sus ojos que todas las aves del Universo.»





CAPITULO III.

R FIN TENEMOS HUEVOS EN ABUN-
DANCIA.



VIENDO la Señora el interés y la constancia con que todos los habitantes del valle se esmeraban en serle útiles, quiso hacerles á su vez algun servicio, que sirviese de consuelo en su misc-

ria. Con este objeto separó todos los huevos y las gallinas que pudo ahorrar, y cuando tuvo reunida una buena provision, envió á Marta para que convidase á todas las madres de familia que habia en el valle á que viniesen á verla la mañana siguiente, que era un domingo. Todas se apresuraron á concurrir á aquella invitacion, vestidas con sus mejores trages y atavios. El anciano habia ya preparado en el jardin una gran mesa rodeada de bancos al estilo del pais: y en derredor de ella fué tomando cada una su sitio.

Marta trajo á la mesa una gran cesta llena de huevos. Todos estaban blancos como la nieve y sin la mas ligera mancha. Las carboneras se quedaron sorprendidas de ver reunida tan grande cantidad de huevos. «Gracias á Dios dijo la Señora, que por fin tenemos

evos en abundancia» y en verdad que presentaba aquella coleccion un preso golpe de vista. « Ahora voy á enseñaros como puede utilizárseles en a casa de familia.»

Hácia uno de los extremos del jardín unto al pié de una roca se habia encendido un buen fuego, sobre el cual hallaba colocada una cacerola llena de agua. La Señora rompió primero un huevo para enseñarles el estado en que se encontraban antes de cocer; y todos admiraron aquel hermoso licor cristalino en medio del cual nadaba un linfático glóbulo de color amarillo. En seguida hizo hervir ligeramente un número de huevos igual al de las personas convidadas, y sobre la mesa se habia colocado de antemano la sal y algunas tiras de pan largas y delgadas.

La Señora les esplicó el modo como se debian de comer los huevos, y todas

se quedaron asombradas de la blancura que á manera de leche habia tomado el licor trasparente, y lo que se habia espesado el glóbulo amarillo. Comiéronlos, pues, mojando en ellos el pan segun las instrucciones de la Señora, y los hallaron esquisitos. Aqui, decian ellas, se encuentra reunido todo en una pieza, el manjar y la taza que lo contiene. ¡Qué cosa tan hermosa! ¡Cómo se mezcla lo blanco con lo amarillo! Cómo se cuece un huevo en un instante y sin hacer gasto alguno! En verdad que no podria hallarse para los enfermos un alimento mas sano y menos costoso.

La Señora rompió en seguida algunos huevos sobre el aceite hirviendo; lo cual fué para las carboneras un nuevo objeto de admiracion. ¡Cómo se estiende el blanco al rededor de lo amarillo! decian ellas: lo mismo que si

fiera una manzanilla, que es la gran flor amarilla y blanca de nuestras praderas. Fuéronse colocando los huevos, uno despues de otro, en un gran plato de espinacas, y este manjar no les pareció menos delicioso que el anterior. La Señora les hizo comer aun otros huevos compuestos de diferente manera, enseñándoles de esta suerte que los huevos no son tan solo un alimento sano por sí mismo, sino que se puede emplear con la misma ventaja en la preparacion de otros muchos platos.

Por fin se preparó una ensalada fresca y verde. El viejo Kuno trajo á la mesa una fuente llena de huevos duros que se habian cocido con anticipacion y puesto despues á enfriar. El maligno viejo, queriendo divertirse un momento á costa de aquellas buenas gentes, hizo caer del plato algu-

nos huevos que fueron rodando sobre el terreno pedregoso del jardín. El susto que se llevaron las carboneras fué tan grande, que les arrancó un grito de sorpresa. Pero cuál fué su admiración cuando en vez de ver lo blanco y lo amarillo derramarse por el plato, como ellas esperaban, vieron á la Señora quitando con mucha tranquilidad la cáscara á los huevos, los cuales estaban tan espesos, que podia cortárseles en pedazos. Al pronto lo atribuyeron á un milagro. Pero la Señora, siempre amable y cariñosa, les enseñó el modo de hacer endurecer los huevos y los cortó en ruedecitas sobre la ensalada. Y en verdad que no comieron este plato con menos apetito que los anteriores.

Concluida ya la comida, distribuyó la Señora entre las madres de familia bastantes gallos, cada uno acompañado

con un par de gallinas; y les dijo que una gallina ponía de ciento á ciento y cincuenta huevos cada año. Mas de cien huevos! exclamaron ellas, qué riqueza para una casa! Y volviéndose al valle con sus nuevas aves, estas dichosas madres de familia llevaron el gozo y la alegría á sus pobres cabañas. Todos sus habitantes colmaban de bendiciones á la estrangera, dando gracias á Dios porque les habia hecho este rico presente.

Las gallinas fueron por largo tiempo el objeto continuo de todas las conversaciones. Estas buenas gentes descubrian en ellas cada dia alguna utilidad nueva. A los padres de familia les gustaba sobre todo el canto que entonaba el gallo todas las mañanas. Así anuncia la llegada de la aurora, decian ellos, y advierte á los hombres que es hora de levantarse para entregarse á los trabajos del dia. En todo el valle se

vé una vida nueva desde que el gallo nos despierta por las mañanas, y todos se hallan mas dispuestos al trabajo.—Ciertamente, dijo el molinero; así como cuando el gallo canta por la primera vez á la media noche, es para advertir á las sociedades alegres y bulliciosas que es tiempo ya de retirarse y de entregarse al reposo.

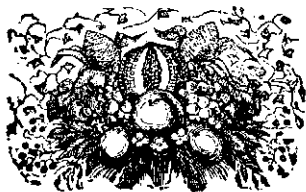
A las mugeres les gustaba mas el cacareo de la gallina cuando acababa de poner un huevo. Todo era alegría en la casa desde que empezaba á oirse. Así se sabe en el mismo instante, decian ellas, y puede recogerse sin tardanza este don precioso.

Los padres y las madres de familia decian muchas veces entre sí: Dios seguramente ha criado estas aves para servir de animales domésticos. Ellos toman un cariño tan fiel á la casa, que jamás se separan de ella; vienen al

momento que se les llama; huyen cuando se les quiere echar; vuelven por sí mismas al gallinero cuando llega la noche, y esperan á la puerta ó á la ventana hasta que se les haga entrar. Y no solo sirven de mucha utilidad en una casa, sino que además cuesta muy poco su manutencion. Se alimentan con el salvado, las cáscaras de legumbres y otras cosas que todas son de desperdicio. Desde por la mañana hasta la noche andan escarbando y picoteando para buscarse ellas mismas su alimento. Así es que millares de granos que al tiempo de la siembra y de la recoleccion se perderian indudablemente, se convierten de esta manera en provecho del hombre: las gallinas los recojen uno por uno y despues nos los devuelven en huevos. La muger mas pobre puede tener una gallina sin gasto alguno, y el huevo que recibe por

las mañanas es una lismona que Dios le hace cada día.

Los niños de la Señora concieron entonces qué don tan precioso de la Providencia eran aquellos huevos, siendo así que no lo habían notado cuando vivían en la abundancia. Oh! y cómo se alegraban cuando de tiempo en tiempo se les servía por la mañana la leche con huevos! Qué deliciosos hallaban este plato que antes no habían podido comer por falta de aquellos! Y cuántas gracias dieron al Señor por sus infinitas bondades!





CAPITULO IV.

LOS HUEVOS PINTADOS. FIESTA DE NIÑOS.



N el entre tanto iban pasando el verano y el otoño; y poco á poco llegó el invierno, que en aquel año fué cruel en las regiones del valle. Las cabañas permanecieron muchos meses como ocultas bajo la nieve, y por entre es-

ta blanca cobertera apenas se dejaba entrever alguna parte del tejado y las humeantes chimeneas. Desde el camino hondo construido entre las rocas hasta la cima de las montañas casi no se veía un palmo de terreno; el molino había enmudecido; las cascadas cristalizadas por el frío se quedaban suspendidas en las rocas; y todas las comunicaciones estaban cortadas. Así que la alegría de aquellos habitantes llegó á su colmo cuando la caída de la nieve volvió á traer consigo la primavera.

Los muchachos del valle vinieron al momento á visitar á los niños extranjeros Edmundo y Blanca, y les trajeron las primeras violetas que pudieron encontrar: y así que los campos se cubrieron con las encantadoras flores de la primavera, les trabajaron lindísimas guirnaldas amarillas y azules. «Preciso es, decía para sí la noble Señora, que

yó les proporcione tambien algun recreo á estos buenos muchachos. Voy á prepararles una diversion campestre para el próximo dia de Pascuas; por que este debe ser un dia de alegría universal para todos ellos. Pero ¿qué será lo que yo pueda darles? Por Navidad les hubiera podido regalar manzanas y nueces, que hubiera hecho venir espresamente para ellos; pero en este tiempo no tenemos sino huevos. La tierra no produce todavia nada que pueda servirme. Los árboles no tienen fruto. De modo que los huevos son los primeros presentes que nos hace la naturaleza al recobrar su nueva vida.— Lástima es, dijo Marta, que los huevos no fueran de distintos colores. El blanco es sin duda muy bonito; pero los distintos colores de las frutas, como porejemplo, el de las manzanas, son aun mucho mas lindos y agradables á

la vista.—Me sugieres con eso, le dijo la Señora, una idea que no pienso desaprovechar. Voy á endurecer los huevos, y teñiré algunos con colores que puedan tomar fácilmente. Estoy segura que les han de gustar mucho á los niños.

Esta buena madre, tan cuidadosa como instruida, conocia perfectamente las raíces y las plantas que sirven para dar color, y con suma facilidad fué pintando todos los huevos de diferente manera. Los unos eran de un hermoso azul de cielo, otros pajizos como limones, ó de un matiz tan brillante como el interior de una rosa. Tambien envolvió algunos otros con hojitas verdes, que pegadas á la cáscara, les daban un aspecto muy variado: sobre algunos habia escrito divisas en verso.

Estos huevos pintados, dijo el molinero asi que los vió, llenan perfec-

tamente el objeto de esta fiesta y de una época en que la naturaleza se despoja de su ropa blanca para adornarse con mil variados colores. Esta excelente madre hace como el buen Dios, que no solamente nos concede frutos sabrosos, sino que además los hace bellos y agradables á la vista. El da á la cereza el color encarnado, el azul á la ciruela, y el amarillo á la pera; otro tanto hace la buena Señora con estos frutos.

Aquel año cayó la Pascua en un magnífico día de primavera, día de vida y de resurreccion para toda la naturaleza. El sol estaba tan ardiente y esplendoroso, el cielo tan puro y azulado, que su vista encantadora causaba un gozo indefinible y la vida se estimaba como una verdadera felicidad. Las praderas habian recobrado ya su verdor y estaban esmaltadas de flores por todas partes.

Mucho antes de romper el día se habían puesto en camino la Señora y Kuno para ir á la iglesia, situada á la otra parte de las montañas á mas de dos leguas de distancia. Los habitantes del valle y los niños mayores, que se hallaban en estado de soportar las fatigas de este viage, fueron tambien en su compañía. La Señora volvió hácia el mediodía en su mulo, que Kuno llevaba por la rienda; pero los demás habitantes del valle no llegaron á él hasta la caída de la tarde.

Al saber la llegada de la Señora, los muchachos que se habían quedado en la aldea, y que eran de la misma edad de Edmundo y Blanca, subieron alegremente á la casa de la madre de los niños, que los había hecho convidar con mucha anticipacion para este día.

La Señora los condujo al jardín, que Kuno había estado cuidando con el ma-

yor esmero desde el año anterior. Muy cerca de la roca y sobre un terreno arenoso se habia colocado una gran mesa ovalada, cubierta con un tapiz y rodeada de bancos formados de verdes y frescos céspedes. Todos se sentaron alrededor de la mesa, colocando en medio de ella á Edmundo y Blanca, y siendo de notar la alegría que se veia pintada en sus semblantes, y la atencion impaciente con que todos indicaban su deseo de saber lo que les estaba preparado. Precioso era el golpe de vista que presentaba aquella guirnalda de cabecitas llena de bucles rubios ó dorados, y aquellos inocentes semblantes respirando el gozo y la alegría mas pura.

«No es tan bella una corona graciosamente entretejida con rosas y flores de lis»; dijo para sí la Señora.

Ella les contó en primer lugar con una voz dulce y cariñosa, por qué el

Santo dia de la Pascua es una fiesta de tanta importancia. Despues hizo traer á la mesa una gran vasija llena de leche caliente, batida con huevos. Cada niño tenia delante una taza nueva, y alli recibia su parte que todos hallaron esquisita. La Señora los llevó en seguida, por una puerta lateral del jardin, al bosquecillo que estaba contiguo. Habia hecho preparar en los abetos mas tiernos unos huecos cubiertos de céspedes, y eucargó á los muchachos que arrancasen un poco del musgo que cubria los árboles y las rocas, é hiciesen en ellos unos nidos pequeños. Todos la obedecieron con la mayor presteza; y los que no podian hacerlo bien por si solos, se valieron del auxilio de los mas hábiles. Cada uno puso buen cuidado en acordarse despues cuál era el suyo.

En seguida se volvieron todos al jardin, y no fué poca su sorpresa al ver en

medio de la mesa una inmensa tortilla de huevos en forma de corona, que fué repartida entre todos ellos y á grandes trozos. En tanto que los muchachos saboreaban este apetitoso plato, Marta se deslizó furtivamente en el bosquecillo con una gran cesta llena de huevos pintados, que fué distribuyendo en los diferentes nidos, cuyo verde musgo hacia resaltar admirablemente la belleza de estos huevos, encarnados, azules, amarillos, ó matizados de varios colores.

«Venid ahora, y vamos á ver los nidos,» dijo la Señora á los niños así que se concluyó aquella comida campestre. En cada nido habia cinco huevos del mismo color, con una divisa escrita encima de uno de ellos. ¡Qué grito de alegría dieron los niños al verlos! Inexplicable es la sorpresa y el placer que experimentaron al registrar sus nidos.



«Huevos encarnados! esclamó uno de ellos; en mi nido no hay sino huevos encarnados!»—«Y en el mio azules, dijo

otro: oh! y de un azul tan bonito, como el que tiene el cielo en este instante.»—«Y el mio los tiene amarillos, añadió un tercero; un amarillo mas lindo que el de las alas de aquella mariposa que va volando por allá abajo.»—«Los míos están matizados de todos colores, dijo otro.»—«Serán muy raras las gallinas que ponen estos huevos tan bellos, dijo uno de los muchachos; yo me alegraría de verlas.»—«Quita allá, le dijo Marta, la mas joven de toda la comparsa, las gallinas no ponen estos huevos tan bonitos. Yo creo que mas bien los habrá puesto la liebre que he visto salir de este bosque de enebros cuando he venido á buscar el musgo para hacer mi nido. Todos los muchachos empezaron á reirse al oír esta espression, y repetían como por broma. «Conque la liebre ha puesto todos estos huevos de color!... Chiste que se ha con-

servado despues en muchas naciones de Europa (1).

«Qué poco se necesita para tenerlos contentos, dijo para sí la Señora al ver á todos los muchachos tan alegres: y esto poco ¿quién no lo daría de buen corazon? Ciertamente que es mucho mas agradable el dar que el recibir. ¿Y quién no desearia volverse niño? porque una alegria tan sencilla y tan pura no se encuentra sino en estas almas inocentes y sobre las cuales no ha caido aun mancha alguna. Ellos viven en medio de la alegria y de las dulzuras de la niñez porque conservan aun la inocencia del

(1) Esta costumbre de hacer descubrir los huevos de Pascuas en las hayas, los bojes, y los freseros que rodean las calles de los jardines existe con efecto en toda la Alemania y la Alsacia; las personas que dan á los niños la señal para buscarlos, les gritan: Der Flase hat galegt! La liebre ha puesto!

corazon, que es el don mas precioso del Eterno.»

La Señora quiso proporcionarles aun á los niños un nuevo motivo de recreo. Algunos de ellos á quienes solo habian tocado en la distribucion huevos encarnados, los hubieran querido tambien amarillos ó azules; al paso que otros solo los habian recibido de estos últimos colores. La Señora les permitió que cambiasen unos con otros, esceptuando solo el que llevaba la divisa. Esto les sirvió de una nueva diversion, porque así cada uno de ellos pudo reunir cinco huevos de diferentes colores. — «¿Veis lo que estais haciendo ahora? les dijo la Señora: pues así sucede con otras mil cosas, y así es preciso que os ayudeis siempre durante el curso de vuestra vida. Dios reparte sus dones de manera que los hombres puedan distribuirlos entre sí por medio de los cambios, ha-

ciéndose de esta suerte mútuos servicios, en los cuales obtienen ganancias recíprocas. Oh! y si el cielo quisiera que todas las transacciones pudieran hacerse como vuestros inocentes cambios que todas las partes ganáran en ellas sin que una sola perdiera.»

El tierno Edmundo leyó la divisa que estaba escrita sobre su huevo. Uno de los muchachos se quedó absorto de oírle, porque en aquel tiempo habia aun pocas escuelas, y muchas personas grandes apenas conocian cuan útiles y necesarias eran la lectura y la escritura. El hijo del carbonero quiso tambien saber lo que habia escrito sobre su huevo. «Oh! es una escelente máxima! le dijo la Señora: escúchala.»

Por el pato que Dios te envia
Dale gracias cada dia.

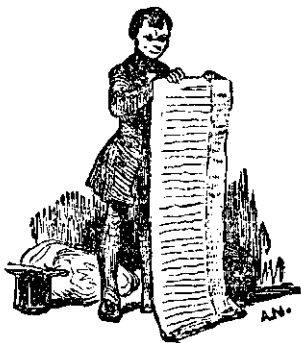
Preguntó en seguida á los niños si habian tenido cuidado de hacerlo siempre así: y deseando reparar su falta, pensaron tan solamente en dar gracias á Dios por haberles concedido el placer de aquella comida y aquellos huevos pintados. Ellos lo hicieron al momento y con la mejor voluntad, siguiendo las instrucciones de la Señora, á quien no olvidaron tampoco en sus acciones de gracias.

Con este motivo todos los niños quisieron, como era natural, conocer su divisa, y agrupándose en derredor de la Señora, tendian sus manecitas hácia ella, presentándole los huevos.—«¿Qué hay escrito en el mio? ¿Qué dice el mio? Leed primero el mio. Gritaban todos á una voz.»

Preciso fué que la Señora les impusiese silencio; y que colocándolos en círculo, les fuese leyendo sus divisas,

unas despues de otras. Impacientes estaban todos por saber lo que decia la suya, y con sus ojos fijos en los labios de la Señora, no los separaban de ellos un instante cuando veian que iba á leer.

Todas estas divisas se reducian á unas breves sentencias. Las que estaban escritas sobre los huevos que la Señora repartió aquel dia, y aun algunos despues, eran las siguientes:



Siempre lierno y cariñoso
Ama à tu Dios bondadoso.

En la virtud sé constante;
Que Dios te vé á cada instante.

Sé bueno, justo y piadoso,
Y el cielo te hará dichoso.

No hallará el que en Dios no piensa
En el cielo recompensa.

Un alma reconocida
A Dios debe estar unida.

El que en Dios ha confiado,
No se verá abandonado.

Por el pan que Dios te envia
Dale gracias cada día.

Nunca el cielo favorece
Al niño que no obedece.

El alma es como la rosa,
Si mas pura, mas hermosa.

En no mentir pon cuidado,
Que el que miente es despreciado.

Son la maldad y la envidia
El veneno de la vida.

Una insensata ambicion
Envilece el corazon.

Voz del cielo es la que sientes
Cada vez que te arrepientes.

Dios concede al virtuoso
Tranquilidad y reposo.

Si á los otros haceis bien,
Dichosos seréis tambien.

No hace el oro la amistad,
Sino la fidelidad. •

Tranquilidad de conciencia
Endulza nuestra existencia.

Bondad, caridad, silencio,
Valen un tesoro inmenso.

Sus pesares le adormece
La paciencia, al que padece.

No olvides en tu alegría
Que habrás de morir un día.

El que gana su sustento
Vive feliz y contento.

Del mundo las alegrías
Duran solo breves días.

Mas no muere la virtud
Que es pan de eterna salud.

Coronas de eterna gloria
Guarda el cielo a la victoria.

Cada uno de los niños hizo cuanto pudo por conservar en la memoria su divisa, y la repetía sin cesar entre sí á fin de no olvidarla.

La Señora se las hizo recitar á todos, uno por uno, á fin de asegurarse de su buena memoria; y aunque le fué necesario repetir una porcion de veces algunas palabras, al fin consiguió que todos las aprendiesen al pié de la letra. Algunos de ellos llegaron á aprender muchas, y poco á poco cada niño pudo recitarlas todas, una despues de otra. Cuando se les decian las primeras palabras de alguna divisa, la concluian al momento; y si se les decia la mitad, sabian de seguro la mitad restante. Estos niños no habian aprendido nunca tanto y tan fácilmente como aprendieron en este dia, riendo y jugando.

Quando á la caída de la tarde retor-

naban tranquilos á sus hogares los padres y las madres con los demás niños, y escucharon los gritos de alegría que resonaban hasta en el fondo del valle, subieron en casa de la Señora para averiguar la causa, y se quedaron atónitos al ver el resultado de aquella fiesta. «Nuestros hijos, decían, han aprendido mas aquí en una media hora, que todo lo que pudieran aprender entre nosotros en seis meses: tan cierto es que cuando las cosas se hacen con gusto y de una manera agradable, no se siente trabajo ni pena alguna.»—«Cierto, respondió el molinero; pero la dificultad consiste en inspirarles ese gusto. Hé aquí lo que se llama aprender mucho en poco tiempo: porque estas divisas forman un verdadero curso de moral al alcance de los niños. ¡Qué bien conoce esta caritativa Señora la manera de instruirlos!

La Señora distribuyó entre los reciénvenidos el resto de los huevos pintados y de las tortillas, diciéndoles á todos: «Yo os doy mi permiso para que podais comerlos, si gustais, los huevos pintados; pero con la condicion de que conserveis en memoria mia los que tengan alguna divisa.»—«Oh! por lo que toca á estos, exclamaron todos á una voz, ya nos guardaríamos bien de comerlos: lejos de eso los conservaremos con el mayor cuidado, porque la divisa vale mil veces mas que el huevo.»—«Teneis razon, dijo la Señora; sobre todo si cuidais de ejecutar lo que en ella se prescribe.»

En seguida recomendó á los padres con la mayor eficacia que aprovecharan todas las ocasiones de recordar á los niños la ejecucion de aquellos preceptos; consejo que no descuidaron nunca aquellos honrados padres. Cuan-

do algun niño no obedecía prontamente, su padre levantaba el dedo y decia:

Nunca el cielo favorece

Y el niño respondía al momento:

Al niño que no obedece.

Y obedecía los mandatos de sus padres. Cuando algun otro trataba de mentir, su madre le decia:

En no mentir pon cuidado,

El niño continuaba la divisa, diciendo:

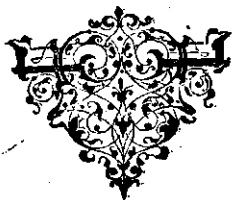
Que el que miente es despreciado.

y se sonrojaba de vergüenza. El mismo uso hacian los padres de todas las otras divisas.

Los niños no se cansaban de repetir

que en toda su vida habian pasado un dia tan feliz. Pues bien , les dijo la Señora: sed siempre buenos como lo encargan estos preceptos, y yo os daré todos los años una fiesta como la de estas últimas Pascuas; pero los niños malos é inobedientes no serán convidados á ella , porque ha sido espresamente instituida para los niños buenos.

Oh! tiernos amigos míos; cuántos esfuerzos hicieron desde este dia los niños del valle por llegar á ser buenos, y como lograron al fin conseguirlo!





CAPITULO V.

ALGUNOS HUEVOS QUE VALEN MAS QUE
SI FUERAN DE ORO.



ENTRE los varios espectadores de este festejo habia observado la Señora un jóven extranjero, que en medio de esta bulliciosa concurrencia permanecia triste y cabizbajo. Este jóven podia tener unos diez y seis años: estaba pobremente vestido; pero en lo demás su porte era muy decente y su ros-

tro fresco y sonrosado indicaba una cabal salud. Sus cabellos rubios le caían hasta la espalda, y llevaba descansando sobre el hombro un largo palo, á manera de baston de camino.



Cuando la mayor parte de los concurrentes se habian ya retirado, se acercó á él la Señora, y le preguntó con interés la causa de su tristeza. !Ah, Señora! respondió el jóven derramando lágrimas; mi padre, que era un pobre picapedrero, ha muerto hace ya tres semanas: mi madre apenas puede ganar lo preciso para mantener un hermano y una hermana que tengo, más pequeños que yo, y por esta razon mi tio materno quiere recogerme en su casa y enseñarme el oficio de mi padre, que es el mismo en que él se ejercita, á fin de que yo pueda algun dia mantener á mi pobre madre y atender á mi propia subsistencia. Me he puesto en camino para ir á buscar á mi tio; he andado ya veinte leguas, y tengo aun que caminar otras tantas, porque mi tio vive muy lejos de aquí, hácia la otra parte de las montañas.

Esta sencilla relacion conmovió extraordinariamente á la Señora, porq hallaba una grande analogía entre sus desgracias y las de la viuda del picap drero. Le dió al jóven algunos huevos un poco de queso y algun dinero para que socorriese á su madre. Edmun y Blanca tambien se compadecieron con el desgraciado mancebo, y le regalaron de los suyos.—«Ten, le dijo Blanca, lleva este huevo encarnado á tu hermanita y hazle mil cariños de parte.»—«Y este, le dijo Edmun ofreciéndole uno azul, se lo darás á tu hermanito, y le dirás que venga alg dia á vernos, porque queremos regalarle un plato de leche y una tortita de huevos.»—Su buena madre se sonrió, buscó tambien un huevo pintado y se le dió diciéndole: Dale este huevo á tu madre: la divisa que lleva es el mejor consejo que yo pudiera darle.

El que en Dios ha confiado
No se verá abandonado.

Y así este huevo no será para ella un presente inútil; porque si se conforma con el precepto de esta divisa, será el mejor regalo que se le podría hacer en el mundo.

El jóven le dió cordialmente las gracias: pasó aquella noche en casa del molinero, y á la mañana siguiente, así que los primeros rayos del sol comenzaron á dorar las cimas de las montañas, continuó su camino bien provisto de pan y queso que el molinero habia puesto en sus alforjas la noche anterior.

Fridolin (tal era el nombre de nuestro jóven) apresuraba su marcha á través de aquellas escarpadas rocas y de los profundos vallados. En la tarde del tercer dia solo le faltaban ya algunas leguas hasta la morada de su tio; pero

al atravesar un sendero estrecho, practicado entre las rocas, notó repentinamente, mirando hácia el fondo de un horrible derrumbadero que habia bajo sus pies, un caballo perfectamente enjaezado, con su usa encarnada, y sus riendas al parecer de oro. El caballo levantó su cabeza mirando al jóven, y se puso á relinchar como si se alegrase de la presencia de un hombre, y quisiese llamarle en su auxilio.

«Dios mio! exclamó para sí Fridolin: ¿cómo ha podido este hermoso caballo venir á parar al fondo de este precipicio? sin duda que pertenece á algun grau caballero, y quiera Dios que su ginete no haya sido víctima de alguna desgracia. Un caballo ensillado en un parage semejante es cosa capaz de asombrar á cualquiera; vamos, es preciso que yo descubra este misterio. A pesar de lo acostumbrado que esta-

ba á andar por las montañas, tardó largo rato en encontrar un camino que le ayudase á bajar; pero al fin dió con una vereda que los mismos torrentes habian abierto entre las rocas, y que entonces se hallaba enteramente seca. Por ella bajó sin riesgo al fondo del precipicio, y allí encontró recostado en la pendiente de una roca un hombre de figura noble y armado de caballero. Tenia á un lado su casco adornado de brillantes plumas, y al otro su lanza; pero el caballero estaba estremadamente pálido, y el jóven dudó al pronto si estaría muerto ó si se habria dormido. Al fin, lleno de compasion, se acerca á él, le toma suavemente la mano y le dice: ¿Teneis necesidad de algun socorro, buen Señor?

El caballero abrió entonces los ojos, miró fijamente al desconocido jóven, y haciendo vanos esfuerzos por hablar

llevó la mano á la boca; y despues le señaló al casco que estaba á su lado. Fridolin comprendió que queria beber y tomó el casco para ir á traerle agua. Algunos sauces ya viejos que alcanzó á ver en una hondonada, le indicaron que no dejaria de encontrarla por allí cerca. Recorrió todas aquellas enseñadas, abriéndose camino entre los matorrales y las rocas, hasta que pisó un terreno húmedo, y dió poco despues con un arroyuelo, cuya corriente, pura y trasparente como un cristal, salia de entre unas rocas cubiertas de musgo. Fridolin llenó el casco de agua, y vino corriendo á ofrecérselo al caballero, que bebió con la mayor ansiedad, y tomando de rato en rato algun descanso. Al fin recobró el uso de la palabra y volviéndose exclamó: «Gracias á Dios, y tambien á tí, buen jóven; sin duda que Dios te ha envia-

do para que yo no muera miserablemente en este precipicio. Pero ¡cómo me devora el hambre! no tendrías algún pedazo de pan que poder darme!

Dios mío! Dios mío! exclamó Fridolin; que no lo hubiera yo sabido antes! ya he consumido todo el pan y el queso que llevaba en las alforjas!... Pero aguardad, exclamó repentinamente y trasportado de alegría: aun conservo mis huevos pintados; es un alimento sano y muy nutritivo.

Y sentándose al momento á los pies del caballero, sobre el musgo de las piedras, saca los huevos de sus alforjas, le quita á uno la cáscara, lo corta con su navaja en largos trozos á modo de cascotes de manzana, y se los hace comer al extranjero pedazo por pedazo; este bebia y comia alternativamente.

Fridolin iba ya á romper el tercer huevo, cuando el desconocido se lo

impidió: — «No mas, no mas, le dijo; no es prudente comer mucho de una vez, sobre todo despues de tan larga abstinencia: lo que he comido me basta por ahora. Y en verdad que nada he hallado nunca tan grato al paladar; es un manjar de rey. Gracias á Dios, ya me siento con mas fuerzas, continuó poniéndose en pié. Oh! si tú no hubieras venido en mi ayuda, esta noche hubiera sido sin duda la última de mi existencia!»

—«¿Y cómo es, noble caballero, le dijo Fridolin examinando de mas cerca su brillante cota de armas y sus ricos vestidos, que habeis venido á parar con vuestro caballo en el fondo de este horrible precipicio?»

—«Yo no soy mas que un simple escudero (1), le respondió el desconocido,

(1) En la edad media cada caballero tenia

y hace ya muchas semanas que estoy corriendo estas cercanías en servicio de mi Señor. Me he extraviado en estas montañas tan pobladas de árboles, y habiéndome cogido en ellas la noche, de repente, y en medio de la profunda oscuridad que reinaba alrededor de mí, caí con mi montura desde aquella roca escarpada hasta el fondo del precipicio. Mi caballo, que tiene muy buenas piernas, no se ha hecho mal alguno; pero yo me he estropeado un pié de tal manera, que no he podido dar un paso, ni volver á montar. Es en verdad un milagro que el caballo y el ginete no hayan

á su servicio uno ó mas escuderos y pages. Ningun gentil-hombre era armado caballero hasta no haber pasado por estos dos grados. Obligando á los hijos de familia á este aprendizaje, en cierto modo servil, se les enseñaba que antes de llegar á mandar, es necesario aprender á obedecer.



muerto á estas horas; y nunca daré á la Providencia bastantes gracias por su bondad! Aunque curé en cuanto pude mi herida, me entró al momento una fiebre ardiente; y ya me habia familiarizado con la idea de morirme de hambre en medio de estas rocas, cuando tú, buen jóven, te me has aparecido.

como un angel del cielo! Pero dime, qué feliz casualidad te ha traído á este horroroso desierto?

Fridolin le contó lo que ya sabeis, niños míos, y el escudero no cesó de prestarle la mayor atencion interrumpiéndole algunas veces con sus preguntas.—«Estos preciosos huevos encarnados y azules son maravillosos,» dijo mirando los pedazos de las cáscaras esparramados por el suelo; «yo no he visto nunca otros por el estilo. Enséñame el que has vuelto á colocar en tus alforjas.»

Fridolin se lo dió y le contó como habia llegado á sus manos. El escudero miró este huevo con especial atencion, y sus ojos se arrasaron de lágrimas. ¡Dios mio! exclamó, lo que dice este huevo es una verdad muy consoladora para mí y que la esperiencia me ha confirmado muchas veces:

El que en Dios ha confiado
No se verá abandonado.

Es precisamente lo que á mí me acaba de succder. Desde el fondo de este abismo he rogado á Dios fervorosamente que viniese en mi ayuda , y su bondad ha oido mis ruegos. Benditos sean los generosos niños que te han dado estos huevos! No pensarían ellos, cuando te los dieron , que habían de salvar la vida á un extranjero. Bendita mil veces la caritativa Señora que ha escrito sobre este huevo un precepto tan admirable!... Dame este huevo, prosiguió ; quiero conservarlo para tener siempre á la vista la hermosa divisa que lleva escrita : mis hijos y mis nietos tendrán mas confianza en Dios cuando la hayan visto y leído. Mis descendientes contarán quizá á sus hijos dentro

de algunos siglos como Dios libertó á uno de sus antepasados de una muerte cruel por medio de algunos huevos. Yo tambien quiero darte en cambio alguna cosa.» Y diciendo , sacó su bolsa y le dió una moneda de oro por cada huevo que habia comido , y dos por el que queria conservar. Sin embargo , fueron precisas las mayores instancias del escudero para que Fridolin consintiese en desprenderse de aquel huevo .

El caso es , dijo el forastero alzando los ojos al cielo , que la noche nos va á sorprender en este sitio , porque ya los arbustos y las rocas de las montañas reflejan los últimos rayos del sol poniente : es necesario , pues , tratar de salir de aquí : vé si puedes ayudarme á montar á caballo ; y el mismo camino que te ha introducido en este horrible despeñadero , donde no han penetrado jamás los rayos del sol , espe-

ro, Dios mediante, que nos servirá para salir de él.

Fridolin le ayudó á colocarse sobre su caballo, y llevaba á este de la brida. A pesar del trabajo que les costó volver á hallar aquel sendero tan oculto, llegaron por fin á dar con él y á poder subirle. Oh! y qué placer experimentó el escudero cuando al salir del precipicio que habia mirado ya como su sepulcro, volvió á ver otra vez el sol y las florestas vecinas, iluminadas con sus últimos resplandores!

«Aun llegaremos hoy en casa de mi tio, le dijo Fridolin. Yo camino á buen paso y creo que vuestro caballo no se quedará atrás: mi tio es un buen hombre, y os recibirá con la mejor voluntad. En su casa tendreis no solo una cama sino la mas esmerada asistencia hasta que os vuelva á ver en cabal salud.

Llegaron en efecto, apenas entrada noche, en casa del honrado picaperrero. Este recibió al escudero con la mayor alegría y felicitó á su sobrino, ándole algunas palmaditas en la espalda, por lo bien que se habia portado. 'ridolín le hizo presente sus escrúpulos de no poder ser fiel á su palabra y revar á su madre y á sus hermanos los huevos que le habian dado para ellos. En verdad, le dijo su tío, que no te entiendo desde que te estoy oyendo hablar de huevos encarnados, azules y de otros colores, y no sé que puedan valer estos huevos que los hagan mejores que los de las demás aves, que tambien los ponen muy lindos y delicados; pero aun cuando fuesen de oro puro, no se podia haber hecho de ellos un uso mejor, puesto que ellos han sido la causa de que este digno escudero no se haya muerto de hambre, y te han

proporcionado la ocasion de hacer una buena obra. Tú has obrado como la piadosa Samaritana; y por lo que á mí toca, voy á hacer las veces de mayordomo mayor. Pero tú no pagarás nada, ¿ me entiendes ? añadió sonriéndose.

El escudero le enseñó el huevo con la divisa. En verdad que es muy lindo, le dijo el artesano á su sobrino: pero déjasele al Señor que lo conserve; este dinero le será mucho mas útil á tu madre. Ven, voy á cambiártelo. El jóven se quedó atónito al ver la gran cantidad de dinero que recibió por él, porque no conocia el valor del oro. He aquí una divisa, dijo el tio, que vendrá á ser tambien para tu madre una dulce verdad:

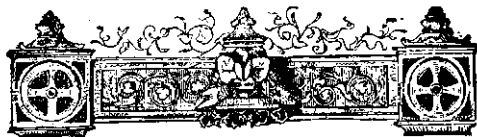
El que en Dios ha confiado
No se verá abandonado.

Esta máxima vale cien veces mas que todas las riquezas posibles; pero es me-

nester que se acuerde de ella sin necesidad del huevo. Tú, sobre todo, hijo mio, procura no olvidarla jamás.

El escudero permaneció en casa del buen picapedrero hasta que su salud se restableció completamente, y antes de separarse de esta familia hospitalaria, no se descuidó en dejar á todos los individuos de ella muestras inequívocas de su gratitud y reconocimiento.





CAPITULO VI.

UN HUEVO ENGASTADO EN ORO Y PERLAS.



RASCURRIERON por fin la primavera y el verano sin que ninguna novedad ocurriese en las regiones del valle. Los carboneros cultivaban sus reducidos campos y volvian de nuevo al bosque para hacer el carbon; sus muge-

res cuidaban de las casas y criaban muchas gallinas; y los niños preguntaban sin cesar si no volveria pronto la Pascua. Pero en tanto que los habitantes del valle se sentian dichosos y contentos, la estrangera parecia muchas veces sumergida en una profunda tristeza; el buen anciano que la habia acompañado, y que desde el principio de su fuga á estas montañas, hacia de tiempo en tiempo expediciones mas ó menos cortas para cuidar de los intereses de la casa, se hallaba de algun tiempo á esta parte imposibilitado de salir del valle, porque estaba enfermo constantemente, y desde que llegó el tiempo de las vendimias y los arbustos vieron palidecer sus hojas con la venida de otoño, apenas pudo hacer otra cosa que salir á tomar el sol á la puerta de la



casa, que era con efecto su ocupacion favorita. La Señora derramó en silencio algunas lágrimas de compasion que le arrancaban los sufrimientos del pobre anciano, único apoyo que le quedaba y que muy pronto esperaba perder para siempre. No la alligia menos la idea de que esta muerte habia de pri-

varle de las noticias que este fiel servidor le solia traer de su patria; y de que vendria á ser olvidada de todo el mundo en este valle oscuro é ignorado de todos.

Un nuevo suceso vino en esta ocasion á acabar de afligir á la Señora, y á escitar mas y mas sus temores.

• Los carboneros al retirarse una mañana del bosque, contaron que la noche anterior, estando ellos tranquilamente sentados alrededor de sus hogueras de carbon, vieron acercarse á ellos cuatro estrangeros, que llevaban las cabezas cubiertas con unos cascos de hierro, é iban todos vestidos del mismo metal, ciñendo al lado izquierdo unas largas espadas. Eran gentes de la comitiva del conde de Schraffeneck, que habia llegado á aquellas montañas con un considerable número de caballeros, los cuales se habian informado

de todo lo que pasaba en los alrededores.

El molinero se apresuró á comunicar esta noticia á la Señora, á quien encontró sentada delante de la cama de Kuno que estaba enfermo. Al oír de boca del molinero el nombre de Schroffeneck se quedó pálida como la muerte. «Oh Dios mio! exclamó, eso es mi mas cruel enemigo; mi vida es seguramente lo que viene buscando... Si los carboneros le han descubierto mi retiro!...» El molinero le aseguró que en todo cuanto le habia contado no habia habido la menor referencia hácia su persona. Que estos reciénvenidos solo se habian acercado al fuego para calentarse y continuar su camino al rayar el dia. Sin embargo, no creyó conveniente ocultarle que aun circulaban algunos por las montañas.

Oh buen Oswaldo! le dijo la Señora.

al molinero; en el tiempo que he vivido cerca de todos vosotros, despues que me recogisteis en esta casa, he llegado á conoceros y apreciaros como un hombre honrado y virtuoso. Voy, pues, á confiaros hoy el triste secreto de mi vida y á descubriros mi corazon, alterado en estos momentos por el temor mas cruel que puede afligir á una madre; estoy segura de que no habré contado en vano con vuestros consejos y vuestro generoso auxilio.

«Yo soy Rosalinda, hija del duque de Borgoña. Dos nobles condes se disputaban mi mano: Hanno de Schrofneck y Arno de Lindembourg. Hanno era el señor mas rico y mas poderoso de la comarca, y poseia gran número de castillos y de hombres de guerra; pero no era honrado ni leal; Arno, por el contrario, era el caballero mas noble y mas valiente del pais; pero era

pobre en comparacion de Hanno , porque no habia heredado de su noble y generoso padre mas que un viejo castillo hereditario , y su carácter franco y leal se oponia á toda rapiña y á todo medio ilícito que pudiera enriquecerle. El fue el que , con anuencia de mi padre , obtuvo la preferencia en mi corazón ; nos casamos al fin y yo aporté al matrimonio algunos magníficos castillos y otros hermosos dominios. Así reunidos , disfrutábamos de tan dulce felicidad , que el cielo mismo no hubiera podido ofrecérnosla mas pura y deliciosa.

Hanno de Schroffeneck burlado en sus esperanzas concibió un odio violento contra nosotros y se declaró nuestro mas cruel enemigo ; pero ocultando su cólera , no se atrevia á principiar las hostilidades. En el entretanto mi marido se vió obligado á seguir al Empe-

rador en una guerra que emprendió contra las naciones paganas y bárbaras. Hanno debia tambien acompañarle á esta expedicion; pero retardando sus preparativos bajo diversos pretextos, se quedó por fin, aunque prometiendo ir á reunirse con ellos lo mas pronto que le fuese posible.—¡Ay de mí! Entanto que Arno defendia con sus vasallos las fronteras de la patria, y que empleaban todas sus fuerzas en rechazar á sus poderosos enemigos, el traidor y cobarde Hanno invadió nuestros dominios, en los cuales no se encontraba entonces persona alguna capaz de resistir esta indigna violacion. Devastó y asoló cuanto cayó bajo sus manos; se apoderó de todos nuestros castillos, uno á uno, y ya no me quedó mas medio de salvacion que el de huir secretamente con mis dos niños queridos. El buen anciano Kuno fué mi único protector

durante esta peligrosa fuga, en la que á cada instante estuve en peligro de caer en las manos de Hanno. Por fin llegué á introducirme en estas montañas, donde he hallado un asilo seguro y pacífico.

«Yo pensaba permanecer aquí hasta que mi esposo volviese de la guerra y arrancase nuestros bienes á ese injusto usurpador. Kuno pasaba las montañas de tiempo en tiempo para ir á mi patria y traerme noticias de la guerra; pero siempre volvía triste: Hanno ocupaba aun nuestros dominios, y en las fronteras continuaba una encarnizada guerra con fortuna varia. Hé aquí que ya hace un año se halla enfermo el buen Kuno, y en todo este tiempo carezco de noticias de mi desgraciado pais y de mi adorado esposo. ¡Dios mio! quizá á estas horas ha sucumbido ya bajo el acero enemigo! Quizá Hanno, que

se encuentra cerca de nosotros con su gente, conoce mi asilo secreto!... Y qué sería entonces de mí!... La muerte sería el bien mayor que podría recibir de la Providencia...! Oh mi buen Osvaldo, hablad á los carboneros; decidles que no me hagan traicion por cuánto hay en el mundo.»—«Haceros traicion!... le dijo, interrumpiéndola el molinero: yo os respondo de todos ellos: no hay uno solo que no sacrifique su vida por vos. Antes que el conde de Schrolleneck llegase á haceros la menor ofensa, tendria que pasar sobre los cuerpos de todos nosotros. Estad tranquila, noble Señora.» Los carboneros, enterados por el molinero, la hicieron iguales ofrecimientos: «Que vengan cuando quieran, exclamaron todos, nosotros les enseñaremos el camino con nuestras palas y vuestras horquillas.»

Sin embargo de estas muestras de interés hácia su persona, la Señora pasaba una vida triste y penosa, siempre llena de precauciones y acometida de continuas alarmas. No se atrevia siquiera á salir de su habitacion, y apenas permitia á los niños que se asomasen al dintel de su puerta. Por fin, cuando la tranquilidad volvió á reinar en las montañas, y no se volvió á oír hablar de hombres armados, se aventuró á emprender un pequeño paseo en un hermoso dia hácia el fin del otoño en que el sol volvió á ostentar su brillo, despues de unas largas y prolongadas llúvias. Habia á poca distancia de la cabaña una pequeña capilla rústica, construida de madera de abeto, y enteramente



abierta por delante. En el fondo se veia *la huida á Egipto*, cuadro precioso que Kuno habia traído un dia consigo viniendo de una de sus expediciones, para proporcionar á la Señora el consuelo que su vista podia prestarle en su

propia huida. A la espalda de esta capilla se elevaba una imponente masa de peñascos así como su frente y su entrada estaban cubiertas por unos copudos y hermosos abetos: y conducia á esta ermita un camino llano y agradable, cubierto de céspedes, y rodeado á derecha é izquierda de arbustos y de caprichosos peñaseos. Este apartado sitio era por su posicion particular tan silencioso y melancólico, que era imposible estar en él sin sentir la mas profunda emocion.

Este era el paseo favorito de la Señora. Allá dirigió sus pasos aquel dia, aunque no sin cierta inquietud y agitada por un secreto presentimiento. Arrodillóse con sus niños sobre un reclinatorio que estaba á la entrada de la capilla. La semejanza de su suerte con la de la madre del Salvador, que tambien se vió obligada á huir con su

á pais extranjero, la conmovia viviente, y lágrimas de dulce consuelo ban abundantes sus mejillas. Los dos se entretenían en coger moras de las zarzas que pendían de las rocas, y la figura de esta fruta los hacia ha gracia, porque parecían raci-pequeñitos de un negro muy bronceado. Poco á poco se fueron alejando una gran distancia de la capilla.

Mientras tanto que la Señora permanecía sentada, pensativa y sola en aquel lugar, un peregrino salió repentinamente entre las rocas y se acercó á ella. Era, como todos los peregrinos, un hombre de trage negro con su pequeña escarola; su sombrero estaba todo adornado de conchas, y llevaba en la mano un largo baston blanco. Parecia ya de muy avanzada edad; pero emblante conservaba un aire de firmeza y de dignidad. Sus largos ca-

bellos, que caian por entrambos lados de su cabeza en madejas lisas y compactas y su larguísima barba, eran de una estremada blancura; pero un encarnado muy vivo coloreaba aun sus mejillas. La aparicion repentina de este hombre asustó á la Señora; pero el desconocido la saludó muy respetuosamente y entró con ella en conversacion. La Señora sin embargo guardó una prudente reserva en sus palabras, porque lo miraba con temor y desconfianza, como si hubiera querido penetrar en el fondo de su corazon y saber allí si podia ó no confiarse á este hombre, que tan repentinamente se le habia aparecido.

«Noble Señora, le dijo al fin el peregrino: nada temais ni sospecheis de mí: no me sois tan desconocida como quizá lo imaginais en este momento. Sé que sois Rosalinda de Borgoña; y

sé también las horribles desgracias que os han obligado á buscar un asilo en estos áridos peñascos. A vuestro esposo, del que estais ahora separada, también le conozco perfectamente. Muchas cosas, Señora, han pasado en el mundo desde que vos vivís aislada en este desierto: y si quereis saber nuevas del honrado Arno de Lindembourg, si su memoria no se ha borrado aun de vuestro corazon, yo puedo daros noticias recientes y agradables. Ya tenemos paz: el príncipe cristiano ha vuelto otra vez á sus Estados cubierto de gloria: vuestro esposo ha reconquistado todos sus bienes; y ha puesto en fuga al traidor Hanno, que se ha salvado con sumo trabajo en estas montañas, habiendo tenido ya que huir mas lejos. El único deseo del valiente Arno es ya tan solo el de volver á encontrar su adorada esposa.

«Oh Dios! exclamó Rosalinda: ¡qué noticia tan feliz! Oh! yo te doy gracias, Dios mio!» y cayendo sobre sus rodillas comenzó á derramar lágrimas abundantes.—«Sí, prosiguió: tú has visto correr mis lágrimas, has oído mis sollozos y has escuchado mis ruegos; yo te doy las gracias, oh Dios mio! Arno! Arno! que llegue el instante feliz en que pueda volver á verte, y colocar en tus brazos á nuestros queridos hijos, tan jóvenes aun á tu partida, para que tu puedas oír por la primera vez de sus inocentes lábios el dulce nombre de padre!»

—«¿Dudáis aun, le dijo entonces al peregrino, si pienso todavía en mi esposo, y si su memoria no se ha borrado de mi corazón?... Venid, venid, hijos míos, gritó ella á Edmundo y á Blanca que se mantenían á cierta distancia y miraban cuidadosamente al re-

cien llegado: venid pronto.» Y los niños se acercaron corriendo.

—«Tú, Edmundo, le dijo la Señora abrazándolo y tranquilizándolo para que nada temiese y hablase con toda confianza, repite delante de este Señor la súplica que todas las mañanas dirigimos á Dios por tu padre. El niño se arrodilló como tenia costumbre de hacerlo siempre, aun cuando la recitaba para aprenderla de memoria, cruzó piadosamente las manos, y despues, levantando los ojos al cielo, dijo con emocion: ¡Oh Señor nuestro, que estás en los cielos! dignate tender una mirada de compasion sobre estos dos pobres huérfanos! No permitas que nuestro padre perezca en los combates. Nosotros prometemos ser buenos para recoger su corazon cuando nos hayas concedido la gracia de volver á verle. ¡Oh Dios de bondad! Escucha nuestro ruego.

—«Y tú, Blanca, le dijo en seguida á la preciosa niña con sus blondos cabellos y sus mejillas de color de rosa, dí como pedimos á Dios por tu padre antes de acostarnos.» Blanca cruzó sus manecitas como su hermano, levantó al cielo sus ojitos azules y dijo con una voz dulce y tímida. «Señor nuestro que estás en los cielos, antes de entregarnos al sueño, te pedimos por nuestro padre que está sobre la tierra. Proporcionale como á nosotros un lugar de reposo, y que tus ángeles le defiendan de todo mal. Dale también á nuestra madre un dulce sueño que la alivie un instante de las penas que la afligen y consumen; ó si quieres mejor privarla de él, haz que sea mas provechoso el sueño que duerma nuestro padre. Oh! pueda ser esta noche la última de nuestra cruel separacion; pueda llegar cuanto an-

tes el día feliz que habrá de reunirnos!

—Así sea! exclamó su madre levantando al cielo sus manos cruzadas y bañadas de lágrimas.

Al contemplar este espectáculo, ya no pudo el desconocido contener las lágrimas que brotaban de sus ojos. Despójase en un momento de todo su traje de peregrino, su barba, su blanca cabellera y su baston de camino, y aparece bajo aquella ropa un caballero joven y hermoso, lleno de vigor y de vida, cubierto de oro y de piedras preciosas: tiende sus brazos hácia la Señora y los niños, y esclama con un acento conmovido: «Oh Rosalinda, mi esposa! Edmundo, Blanca, mis hijos queridos!»

—Rosalinda, fuera de sí de alegría al ver esta repentina aparicion, se quedó como cortada. Los niños, que al ver las lágrimas del peregrino, se ha-

bian vuelto hácia su madre como pidiéndole algun consuelo para este hombre, se separaron al oírle pronunciar sus nombres, y se quedaron atónitos al ver aquel milagro, porque ellos creían que de anciano se habia convertido repentinamente en un ángel del cielo; tan hermoso les pareció su padre en aquel momento. Las leyendas milagrosas que su madre les habia contado algunas veces, fortalecian mas y mas su creencia; y Arno pasaba en efecto por el guerrero mas hermoso del ejército Cristiano. ¡Cuál fué su alegría cuando su madre les dijo que este bizarro caballero era el buen padre de quien ella les habia hablado tantas veces! Padre, madre é hijos, todos tan dichosos, al verse asi reunidos despues de tan cruel separacion, no notaban que las horas iban pasando como segundos. Pero tambien es cier-

to que habian sido bien prolongadas las angustias de su larga ausencia.

Arno contó á su familia que habia venido á toda priesa con una numerosa escolta, con el único fin de encontrarla; pero que la dificultad de aquellos caminos, le habia obligado á dejar su comitiva á alguna distancia, y se habia adelantado solo y á pié, con el traje de peregrino (del cual se servian entonces con mucha frecuencia las personas de distincion que viajaban de incógnito) á fin de poder llegar mas pronto á su lado. á favor de este piadoso disfráz, informarse de la salud de ella y de sus niños, y prepararla á esta repentina vuelta.—Rosalinda le preguntó como habia llegado á descubrir su retiro.



«Oh Rosalinda! le respondió: nuestra reunion es debida á tu caridad para con los pobres, y sobre todo con los muchachos de este valle: esta caridad es el medio de que Dios se ha servido para volver á este padre al seno de sus hijos. Sin tus generosos sentimientos

no nos hubiéramos visto tan pronto, y quizá jamás; porque tus enemigos te rodeaban por todas partes, y hubieras caído en su poder muy fácilmente.—Después de mi llegada á estas montañas con mis soldados, es cuando Hanno y los suyos las han abandonado. Mira, añadió enseñándole el huevo pintado que llevaba esta divisa:

El que en Dios ha confiado

No se verá abandonado.

«Este huevo ha sido en las manos de Dios el instrumento de nuestra reunion. Hace mucho tiempo que yo enviaba muchas gentes en busca tuya; pero siempre en vano. Al fin un día vi llegar de una de sus expediciones á Egbertó mi escudero, cuya larga ausencia me habia hecho considerarle como perdido. Habia caído en un precipicio

y en él hubiera fallecido de hambre, si un jóven desconocido no le hubiera salvado la vida por medio de algunos huevos que le suministró. Este jóven le dejó además en memoria de su buena accion, un huevo en el cual estaba escrita esta máxima. Gran Dios! cuál fué mi sorpresa al reconocer en él tu letra al primer golpe de vista. Al momento montamos á caballo, y nos dirigimos á toda priesa hácia la catedral de mármol en que trabajaba el buen jóven, y él nos enseñó el camino que conduce á tu retiro. Así, ya tú ves que si no hubieras tenido la ingeniosa idea de dar á los niños esta diversion con el festejo de los huevos pintados: si no hubieras añadido á este beneficio el de suministrar buenas lecciones á su entendimiento, y dirigir su corazon por medio de estas bellas sentencias; y si por último, vo-

sotros, Edmundo y Blanca, mis queridos hijos, no hubieseis sido compasivos para con el pobre extranjero, no habria llegado aun este venturoso dia. Todas las obras buenas, por pequeñas que en si sean, llevan siempre consigo la bendicion del cielo, con tal que salgan de un corazon puro, y que se hagan sin la esperanza de una recompensa. Es un grano de siembra que produce frutos abundantes y copiosos. Las buenas obras reciben siempre, por la voluntad de Dios, su galardón sobre la tierra. Tenedlo siempre presente, queridos hijos míos. Dad limosna á los pobres, de buen corazon: haced por proporcionar á los demás todas las recompensas de que se hallan privados; asemejaos á vuestra buena madre; ayudadlos en sus necesidades, y vosotros mismos sereis un día socorridos. Sed misericordiosos y al-

canzareis así misericordia: Entonces podreis confiar tranquilos en la Providencia, y el porvenir realizará en vosotros la verdad eterna escrita sobre la frágil cáscara de este huevo: verdad, cuya benéfica influencia experimentamos hoy mismo. Dios no deja nunca desamparados á los buenos: vuestra historia misma lo prueba demasiado bien, y para recuerdo de ella haré engastar este huevo en oro y perlas, y lo colgaré en el altar de nuestro oratorio.

Entre tanto se iba acercando ya la noche, y algunas estrellas comenzaban á lucir. El conde Arno, precedido de sus niños y acompañado de Rosalinda, volvió á su habitacion campestre, donde les aguardaba un nuevo motivo de alegría. El escudero Egberto y su libertador Fridolin, que habian ya llegado, se estaban entreteniendo con el anciano Kuno, quien al oír la noticia

de la vuelta de su amo , habia vuelto á recobrar sus fuerzas y aun la salud. El buen Fridolin se dirigió el primero á su encuentro : la saludó á ella y á sus niños como á antiguos conocidos , y les dió una sencilla y cordial enhorabuena por las felicidades que Dios les habia concedido en aquel dia. Acercóse en seguida Egberto , el escudero á quien los huevos habian vuelto á la vida , é inclinándose con respeto , le dijo : permitidme , graciosa condesa , que bese la mano bienhechora de que Dios se ha servido para proteger mi existencia. El conde abrazó á Kuno como el mas fiel de sus servidores , y estrechó cordialmente , lleno de la mas dulce emocion , la mano del honrado molinero , el cual para asistir mas dignamente á esta dichosa fiesta de familia , se habia puesto el vestido de los domingos. Todos cenaron juntos aquella no-

che , con el corazon lleno de alegría y de ternura.

A la mañana siguiente el valle todo entero resonaba con los gritos y cánticos de alegría. La nueva de la llegada de un grande y poderoso Señor , que era el esposo de la Señora , puso á todo el mundo en conmocion. Grandes y pequeños corrieron todos á verle , y rodearon la casa por todas partes. El conde salió con su esposa y los niños , saludó con cariño á todas estas buenas gentes , y les dió gracias por todo lo que habian hecho en obsequio de la condesa y de sus hijos. Oh ! no somos nosotros los bienhechores , exclamaron todos con las lágrimas en los ojos. Es ella la que nos ha colmado de beneficios. El conde se entretuvo con ellos un largo rato , habló á cada uno en particular , y todos quedaron encantados de su afabilidad.

En el entretanto iba llegando la comitiva del conde, a la cual los carboneros le habian enseñado el camino. Al sonido de la trompeta aparecieron



repentinamente entre dos montañas pobladas de árboles que cercaban el valle, una multitud de escuderos á pie

y á caballo ; cuyas lanzas y armaduras brillaban al reflejo de los rayos del sol. Todos saludaron á la condesa con las mayores demostraciones de alegría ; y los ecos de las rocas , como si hubiesen querido manifestar tambien su alegría , repetian sus continuas aclamaciones , hasta perderse su voz en las dilatadas honduras de los valles.....

Arno permaneció aun algunos dias en el valle ; el dia antes de partir con su familia y acompañamiento dió una magnífica comida á todos sus habitantes. El molinero y los carboneros estaban sentados entre los caballeros y los escuderos vestidos de oro y de brillantes armaduras , y la mesa presentaba asi un aspecto mucho mas variado.—Al fin de la comida , el conde hizo ricos presentes á estos huéspedes , y principalmente al molinero. Marta se quedó al servicio de Rosalia-

da; la suerte de la madre del buen Fridolin y de sus hermanos quedó asegurada; y al despedirse Arno les dijo dirigiendo las palabras á los hijos de los carboneros: «Quiero, buenos amigos míos, haer una pequeña fundacion en memoria de la estancia de mi muger y mis hijos en este valle. Todos los años se distribuirán huevos de color.»

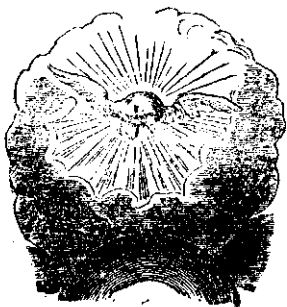
—«Y yo, dijo la condesa, quiero hacer esta costumbre estensiva á todo nuestro condado, y celebraré las Pascuas, en memoria de mi libertad, distribuyendo á todos los niños huevos pintados.»

Asi se verificó en efecto, y se les llamaba *Huevos de Pascuas*: esta costumbre se propagó poco á poco en todo el pais.

Los habitantes de los demas paises donde se generalizó este uso, decian: «La libertad de la condesa y de su es-

cuero nos es demasiado indiferente para que celebremos su memoria; pero estos huevos pintados deben ser para nuestros hijos una enseñanza más útil y más grande: ellos les recordarán otra libertad que nos toca más de cerca; la de nuestros pecados, la del mal de la muerte por aquel que resucitó y que venció el mal. La Pascua es una verdadera fiesta de libertad, y la alegría que con ella procuramos á nuestros hijos es conforme con las instituciones del Salvador. El amor que hace la felicidad de los grandes y de los pequeños, ¿no es el resultado de nuestra santa religion y el carácter de sus verdaderos adoradores? Sí: la costumbre de repartir estos huevos á los niños, puede servir también á los padres y á todos los hombres en general; recordándoles el amor de Dios para con ellos, y ofreciéndoles una

anda segura de las benévolas disposiciones de su ternura paternal. ¿Quién entre todos los padres el que diese un cardo á su hijo cuando este le pidiera un huevo? Si, pues, sabéis dar á estos hijos aquellas cosas que les son útiles, ¿cuánto mas deben esperar de vuestro padre que está en los cielos, los que le pidan el mejor de todos los dones, la gracia de su Santo Espíritu?



EL NIÑO
PERDIDO.



I.

Una pobre viuda de un pescador llamada Teodra, habitaba en una aislada y solitaria cabaña, no lejos de las orillas del Danubio (1). Había perdido

(1) El *Danubio*, llamado en latín *Ister* y en alemán *Donau*, es uno de los ríos más grandes de Europa. Nace cerca de *Danauschingen*, en Los Hs. de Ps.

poco tiempo atrás á su marido , estando aun ella en la flor de su edad; y su único consuelo en esta viudez prematura era un niño rubio y hermoso que le habia quedado , de edad de cinco años. Todos sus cuidados consistian en educarle en los severos principios de probidad y honradez; y todo su afan en conservarle la cabaña de su padre y los avios de pescar que aquel usaba. Estos se hallaban arrinconados despues de su muerte , suspendida la pesca, colgadas las redes á una pared, y ar-

el gran ducado de Bade , en el patio del castillo de Fürstenberg. Su curso es dilatadísimo; atraviesa la Baviera, el Austria, la Hungría y la Turquía, y va á desaguar en el mar negro: recorre una estension de mas de seiscientas y ochenta leguas. Mas de ciento veinte rios se pierden en él. La fuerza de su corriente es de tres mil toesas por hora; su anchura varía desde cincuenta hasta mil metros.

rimada la barca junto á la cabaña, sirviendo á la infeliz Teodora de motivo para continuos y dolorosos recuerdos. Ella ganaba alguna cosa haciendo redes, para cuyo trabajo habia descubierto mucha destreza; y no pocas veces, mientras Augusto llevaba ya largas horas de sueño, la sorprendia aun el dia levantada y trabajando con el mayor afan.

El niño tampoco tenia mas que un solo pensamiento, un solo deseo, que era el de hacer la felicidad de su buena madre. Esta derramaba copiosas lágrimas cada vez que se le recordaba su pobre marido, y Augusto se esforzaba siempre en consolarla á su manera. Un dia que el hermano de la viuda, pescador en la aldea vecina, le trajo de regalo un magnífico pescado, Teodora mirando aquella hermosa carpa, no pudo menos de prorrumpir en un desconsolado llanto. «Ay de mí, dijo, y

cuán lejos estaba yo de pensar en volver á ver en mi casa un pescado como este!» Pero Augusto al momento trató de consolarla diciéndole: «No llores, mama mia, que yo te los traeré mayores cuando sea grande. La triste madre no pudo menos de enternecerse diciéndole: sí, Augusto, yo espero que tú serás algun dia el consuelo y el apoyo de mi vejez. Sé tan bueno, tan animoso, y tan dispuesto como era tu padre, y me tendré por la mas feliz de todas las madres.

Un dia de los mas hermosos que suele ofrecer el otoño, trabajaba Teodora desde muy temprano en una red que queria acabar antes de la noche. Augusto por su parte se ocupaba en recoger en la floresta vecina una considerable porcion de fabuco, que su madre hacia moler. y le suministraba á poca costa provision de aceite para las

largas veladas del invierno. El tierno Augusto se llenaba de gozo cada vez que podia llevar á su madre la cestita llena con el fruto del haya. Teodora le acariciaba y animaba siempre que se la traia, con el fin de acostumbrarle desde pequeño á la asiduidad en el trabajo, y á una vida activa y laboriosa.

En esto se iban ya acercando las doce de la mañana; el niño estaba cansado y tenia hambre; bien pronto se dejó sentir la campana de la aldea vecina anunciando el medio-dia, y Teodora



lo llamó para comer bajo una frondosa haya que estaba cerca de la cabaña en un parage fresco y cubierto de agradable verdor: llevaba consigo su frugal y pobre comida, que consistía en

un tazon lleno de leche y pan migado.

Cuando la taza quedó ya enteramente vacía, le dijo Teodora á Augusto: acuéstate ahora y duerme un rato bajo la sombra de este árbol; yo voy á continuar mi trabajo, y cuidaré de llamarte cuando sea hora de que despiertes. Así: duermete bien: le dijo otra vez volviendo la cabeza cuando ya estaba cerca de la cabaña.

Un momento despues, volvió á salir para ver á Augusto: estaba profundamente dormido bajo la sombra del árbol; su preciosa cabeza llena de dorados bucles descansaba sobre uno de sus brazos, y con éi otro abarcaba su canastillo de fabucos; sonreíase en medio de su apacible sueño, y el ramage ondeante del haya sombreaba su fresco rostro y sus sonrosadas mejillas. Teodora corrió de nuevo á su trabajo y continuó con ásan hasta que lo vió

imaginacion en aquel momento? «Habrá olvidado acaso, decia para sí, la prohibicion que tantas veces le he hecho de no acercarse á las orillas del rio?» Esta idea le hizo estremecer; registró con cuidado toda aquella parte de la ribera; pero no pudo notar huellas algunas de su hijo. Entonces, bañada en el más amargo llanto, corrió á la aldea, donde una multitud de personas vecindadas en ella la rodearon en un instante: todos tomaban parte en su dolor, y su hermano mismo estaba tan afligido por la pérdida de Augusto como su misma madre. Nadie, sin embargo, habia visto al niño, aunque todos á la vez le ayudaron á buscarlo. Unos se esparcieron por los bosques vecinos, otros en los alrededores, y tambien algunos otros por las orillas del rio. Entre tanto pasó la noche sin que llegase á encontrarse el objeto deseado.

Si por desgracia se hubiera ahogado en el Danubio, dijo un pescador de la aldea, pronto hallaríamos su cuerpo, porque conocemos la corriente del agua: el cadáver habria ido á parar allá abajo, á aquel bosquecillo de céspedes donde está el antiguo sauce. La pobre madre recogia todas estas palabras, y su corazon se partia de dolor. Pasó la noche velando y llorando, y al amanecer corrió apresurada á las orillas del rio, creyendo hallar en ellas el cadáver de su hijo querido; mas no fué así. Pasaron entre tanto algunos dias y aun algunas semanas; la infeliz madre corria triste y desolada por las orillas del rio desde la mañana hasta la noche, y siempre en vano! Los pescadores que iban por la mañana á su trabajo, ó que volvian de él por la tarde, la hallaban siempre en el mismo sitio, llorando con las manos levantadas al cie-

lo: era cosa de partir el corazón de dolor.

Así fueron pasando también algunos años: el cadáver no se encontró en ninguna parte; y la madre no pudo saber nada de la suerte de su pobre hijo. Imposible sería pintar el dolor y la profunda tristeza en que se hallaba sumergida.

«Perder en tan poco tiempo, esclamaba muchas veces desconsolada, á mi amado esposo y mi hijo querido, es un golpe demasiado terrible para poder soportarlo! Creo que moriría de pena si no abrigara la consoladora esperanza de que el cielo todo lo hace por nuestro bien.» Al mismo tiempo se echaba á sí misma á todas horas la culpa de sus desgracias. «Yo debería haberle vigilado con mas cuidado!» esclamaba llorando y juntando sus manos con espresion de dolor.

Oh vosotras! decia á las mugeres de la aldea que se esforzaban en consolarla, aprovechaos de mi ejemplo, y sed mas cuidadosas con vuestros hijos.

El profundo disgusto que se habia apoderado de ella la fué poniendo poco á poco tan pálida y desfigurada, que parecia la sombra animada de un cadáver. Cuando pasadas algunas semanas despues de la muerte de su hijo, entró un domingo en la Iglesia con los vestidos del luto que habia llevado por su marido, todos los aldeanos se decian unos á otros: «Pobre Teodora! no tardará en acompañar en el sepulcro á su esposo y á su hijo.»

El cura de la aldea, anciano respetable, que tomaba en las penas de sus feligreses el interés mas grande y mas sincero, habia ido varias veces en casa de Teodora con el fin de poder derramar en su corazon algun consuelo.

Pero cuando la vió aquel dia en la Iglesia y notó su abatimiento y el trastorno que habia sufrido su semblante, tomó la resolución de llamarla despues de concluida la misa. Cuando llegó á la habitacion del buen pastor, este, cubierta la cabeza con un casquete de saten negro, estaba sentado en su escritorio, haciendo algunas apuntaciones en el registro parroquial. Saludóla con lá mayor afabilidad y le dijo: «Esperad un momento y soy con vos al instante.» Teodora se puso entonces á contemplar una pequeña imágen que habia allí colgada á la pared con su marco de oro. La vista de este cuadro la conmovió hasta el punto de hecerla llorar.



Y bien ; dijo el Cura , sacudiendo su pluma y levantándose , ¿ os gusta esa imágen ?—Sí , en verdad , le respondió Teodora ; es tan interesante que su vista solamente me ha hecho derramar

lágrimas. ¿Sabeis tambien lo que representa? le dijo el cura. Oh mi Dios! respondió Teodora; esa es la madre de nuestro Señor Jesucristo. Jamás he visto tan bien pintado el dolor de María llorando la muerte de su divino Hijo.»—Pues bien, le dijo el cura, he ahí un ejemplo bien notable al par que consolador para vos. Reflexionadlo con atención; ved la espada que penetra hasta lo profundo de su alma; es el emblema de la dolorosa aflicción, que segun la profecía de Simeon, debia traspasarle el corazon de parte á parte, al ver la muerte sangrienta de su divino Hijo. Esos ojos llenos de lágrimas que eleva hácia el cielo, esas manos fuertemente enlazadas, espresan bastante bien cuánto su alma descansa y confia en la infinita bondad de Dios. Y tambien los rayos de oro que brillan en derredor de su cabeza son

testimonio de la gloria celestial que ha ganado con su resignacion en medio de la desgracia, y con su confianza en la voluntad del Señor.»

« Mucho habeis perdido, buena Teodora! le dijo, continuando: vuestro esposo y vuestro hijo!... Una espada de dos filos ha traspasado vuestro pecho; mas, sin embargo, levantad, como Maria, los ojos hácia el cielo, descansad en la voluntad de Dios, confiad en él, y en su misericordia hallareis resignacion y valor. Ya lo sabeis: Maria se mantuvo de pié delante de la cruz: la misma fé con que le habia dicho al ángel portador de la feliz anunciacion: *Yo soy la sierva del Señor: hágase segun su voluntad?* la sostiene aun en su profundo dolor é impide que decaiga su espíritu. Esta misma certeza de que Dios lo hace todo para nuestra mayor felicidad, de que todo lo que él hace

está bien hecho, y que todo lo que permite es siempre lo mejor que puede suceder, debe también daros aliento é impedir que os desesperéis. No olvidéis sobre todo cuál es el fin de todas nuestras penas: las aflicciones de este mundo no valen, ni con mucho, la felicidad eterna que nos está reservada. Con la resignación adquirimos la virtud, y los males pasajeros son los que nos procuran alegrías eternas.»

« Jesucristo se vió obligado á sufrir para alcanzar la gloria. María siguió el mismo camino; y tampoco tenemos nosotros otro medio de ganar la gloria del cielo. »

Teodora escuchó al buen sacerdote con una emoción profunda: consideró una y mil veces la Santa imagen con un placer indecible, y no podía separar de ella un instante su vista. Quiero, decía, seguir el ejemplo de esta madre deses-

perada , quiero , como ella , levantar mis ojos al cielo ; como ella quiero rogar á Dios , creer en su bondad y esclamar : *hagase , Señor , tu santa voluntad .*

« Bien ! le dijo entonces el Cura ; muy bien ! Con esas palabras me llenais de gozo . Y en efecto , este hombre venerable nunca se creia tan feliz como cuando podia consolar á un aflijido . Descolgó aquella preciosa imágen , la regaló á la pobre viuda , y le dijo : Para que nunca olvidéis esa buena promesa , y la observeis constantemente en todas sus partes , llevaos esta santa imágen ; yo os la regalo . Cuando volvais á sentir de nuevo en vuestro corazon esa espada de dos filos , echad una mirada sobre este cuadro , y acordaos de vuestra promesa . Con la ayuda de Dios , vuestra herida se curará poco á poco , y allá arriba en el cielo entretejerán para vos los ángeles del Señor una magnífica corona . »

Teodora siguió los piadosos consejos del Cura, y su dolor se calmó poco á poco; pero cada vez que pasaba por delante del árbol á cuya sombra habia visto la última vez á su hermoso niño, sentia que su corazón desmayaba, y que su dolor renacía otra vez con mayor intensidad. Ocurrióle entonces la idea de hacer un hueco en el tronco del árbol y colocar allí la imágen. «Este árbol decia, escita continuamente mi dolor; pero de hoy en adelante voy á hallar en él un nuevo consuelo.» «Otras madres, continuó con acento triste, levantan en el cementerio unos pequeños sepulcros á la memoria de sus niños; que sea, pues, este árbol el monumento fúnebre de mi pobre Augusto!»



Hizo presente al Cura su proyecto, y este no hallando nada que oponer á esta determinacion, le contestó que lo hiciera así si en ello creia poder encontrar algun consuelo. Rebajó entonces el tronco para hacer en él, no sin

gran trabajo, un hueco del tamaño necesario: colocó en él la santa imágen, y en lo sucesivo, siempre que pasaba por delante de este árbol y sentia su corazon triste y desconsolado le miraba diciendo: « Yo tambien quiero ser, como María, la sierva del Señor, que se haga en mí segun su voluntad. » Y su alma experimentaba el mayor y mas dulce de los consuelos.



II.

En tanto que esta madre desolada lloraba la muerte de su hijo, este, de edad de cinco años y algunos meses, habia llegado, despues de haber recorrido mas de cien leguas de camino, á la gran ciudad imperial de Viena (1), y habitaba sano y salvo en una magnífica casa que parecia un palacio: estaba ademas tan ricamente vestido como sí hubiera nacido de una familia noble; y lo que es

(1) *Viena*, en latin *Vindobona*, capital de la Alemania, es una de las mas grandes y bellas ciudades de Alemania. Su poblacion es de cerca de trescientos mil habitantes. Sus monumentos públicos, sus palacios, jardines, muscos y bibliotecas, la cultura de sus habitantes, la residencia de la Corte Imperial y su pintoresca situacion, le hacen una de las mansiones mas agradables del mundo.

mejor aun , se le criaba con el mayor ciudadano, y recibia de los mejores maestros una educacion sólida y esmerada. Este maravilloso cambio en su situacion se verificó del modo siguiente:

Cuando Augusto , á quien hemos dejado dormido bajo del haya , despertó de su sueño , fué su primera diligencia el restregarse los ojos y ponerse á buscar fabuco en el bosque , de modo que muy pronto llenó la mitad de su cesta. Habiendo recorrido una distancia bastante grande sin hallar otras hayas , llegó por fin al extremo del bosque que daba á la orilla del rio. Allí encontró amarrado á la orilla un bajel que aguardaba á algunos pasajeros que habian saltado en tierra. Entre ellos habia tambien algunos niños , que mientras las personas de mas edad se paseaban sobre la fresca yerba para descansar de las fatigas del viage, se juntaron á la orilla del rio



sobre una alfombra de musgo ; y se pusieron á jugar con cayados. Al ver á Augusto se acercaron todos á él y empezaron á registrar su cestita. Los graciosos frutos del haya , que ellos no conocian , les gustaron extraordinariamente. Qué cosa tan linda! exclamó la niña Antonia , que era algo mas pequeña que Augusto , y estaba vestida con todo el lujo de una señorita de distincion : nunca hemos visto unas castañas por este estilo.»—«No es esto lo que tú te figuras , le respondió Augusto : este es el fruto del haya , y no se puede comer.» En seguida distribuyó varios puñados á todos los niños. Augusto estaba fuera de sí de contento al verse entre aquellos alegres camaradas : nunca le habia sucedido una cosa semejante , porque veia muy poco á los muchachos de la aldea : así que trabó muy pronto larga conversacion con

ellos , los cuales tambien le obsequiaron con los frutos que traian.

A Augusto le entró entonces una gran curiosidad de ver el bagel más de cerca , porque nunca los habia visto de aquel tamaño : esta casa flotante , mas grande que la cabaña de su madre , le parecia una cosa maravillosa. Los niños le entraron en el barco , y Antonia le condujo al salon entapizado que servia para los viageros de alta distincion. «Cómo ! exclamó Augusto ; en esta casa hay cuartos mas lindos que los de la nuestra ! » Antonia y sus camaradas le enseñaron entonces todos sus juguetes , y Augusto se quedó tan absorto al contemplar estas riquezas , que no pensó ya más en volver á su casa. En tanto que esto pasaba , y sin que el niño pudiese notarlo , echó á andar la embarcacion donde se habia metido , y bajó á lo largo del rio con magestuoso curso.

Ninguno de los pasajeros habia hecho atencion en este niño , creyendo algunos de ellos que pertenecia á los nuevos pasajeros que acababan de entrar en el bagel; mientras que estos, por el contrraio , se figuraron que seria hijo de alguno de los primeros. Pero á la llegada de la tarde , empezando Augusto á llorar y á llamar á su madre, dió á conocer á las gentes de la embarcacion que su persona era absolutamente estraña á todas ellas. Facil es concebir el asombro y el disgusto que ocasionaron sus gritos entre todos los pasajeros. Los unos enternecidos compadecian á la madre y al hijo: otros, por el contrario, se reian de la manera inesperada con que les habia llegado este nuevo compañero de viage; y los marineros, llenos de cólera, estuvieron ya muy cerca de echar al agua el pobre niño.

Por fin, salió de su cámara el patron del navío, él cual llamándolo aparte y hablándole con un tono muy severo: dime al momento, le dijo, de qué ciudad ó de qué aldea eres tú.—Yo no soy de ninguna ciudad ni de ninguna aldea, le respondió Augusto.—Esto si que es cosa rara, le replicó el marino; sin embargo, tú vivirás en alguna parte.—En mi casa, le dijo Augusto, que está en el bosque cerca de la aldea.—Ya; respondió el patron; pero cómo se llama la aldea?—Ah! la aldea... dijo Augusto, se llama... la aldea. Así la llama siempre mi madre. «Dan las doce en el reló de la aldea» suele decir: ó bien; «mañana iré contigo á comprar pan á la aldea.»—Pero ¿cómo se llaman tus padres? le dijo el patron apurado de ver que nada sacaba en claro.—Mi padre, dijo Augusto, se murió ya, y á mi madre

la llaman generalmente Teodora.—S nombre será Teodora, le replicó s interlocutor; pero y su apellido?—N tiene mas nombre ni apellido que Teodora, dijo el niño, y ella misma m decia muchas veces que no se debe llamar á las gentes por otros nombres porque es muy feo poner apodos.» E patron conoció entonces que era preciso renunciar á la esperanza de obtener noticias de su madre por este inocente niño, que no conoci ni su apellido; y ya lleno de cólera le dijo: «Me hubiera alegrado mucho de que el cucú te hubiera llevado á otra parte, y no á mi bajel.»—El buen niño, que tenia los ojos bañados en lágrimas, le respondió lleno de tristeza, y sin la menor malicia. El cucú no es el que me traído aquí; yo nunca lo he visto, aunque lo he oído cantar en la primav

ra (1). Todos los pasajeros echaron entonces á reir á carcajadas; pero los bateleros se veian á cada instante mas ápurados, porque desgraciadamente el Danubio atravesaba por una porción de terrenos incultos, poblados de árboles y desiertos, en los cuales no se veia, ni aun á lo lejos, aldea alguna. Mas avanzada la tarde, cuando el sol acababa ya de ponerse; se entrevió á larga distancia la punta de un campanario. El capitán del bajel quiso que se condujese allí al niño, para que desde aquel punto se lo llevasen á su madre; pero Mr. Wahl, padre de Antonia, se opuso á ello. Era este señor un rico negociante que llevaba consigo una porción de cajas llenas de pla-

(1) El *cucú* ó *concon* en Alemania, es una amenaza con que se asusta á los niños, como en España el *coco*.

ta y de objetos preciosos , y que , como los demás pasajeros , queria huir del enemigo. La Alemania estaba entonces sufriendo los terribles desastres de la guerra de treinta años (1).

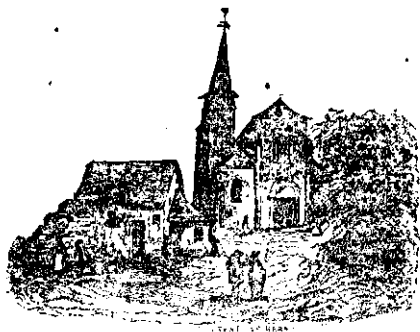
(1) La guerra de treinta años, que comenzó en 1618 entre el Emperador y los Estados protestantes , fué una de las mas desastrosas que ha habido en los tiempos modernos , y en la que se cometieron los mas horribles excesos , tuvieron lugar los incidentes mas dramáticos y figuraron los primeros capitanes del siglo. Filly , Vallenstein , Gustavo-Adolfo , el héroe suco que pasa por creador de la táctica moderna , todos diéron á su vez pruebas de sus grandes cualidades , y obtuvieron los resultados mas felices , así como sufrieron grandes reveses. Esta larga calamidad de treinta años concluyó en 1648 por el famoso tratado de Westfalia , que dió la paz á la Europa. Se celebró entre Fernando III, el rey de España Felipe IV, y sus aliados por una parte, y por la otra Luis XIV, la reina Cristina de Suecia , los Estados generales de la Holanda , y los príncipes protestantes del Imperio. Este tratado

Yo deseo con todo mi corazón, dijo Mr. Wahl, que su desconsolada madre vuelva á ver á su pobre hijo; pero es imposible hacerlo en este momento: el enemigo está en marcha y se aproxima ya á las orillas del Danubio. Una detencion de pocas horas podria sernos muy fatal, porque caeriamos en su poder y perderiamos cuanto poseemos. En nombre de Dios, proseguid vuestro camino.

Mr. Wahl, que estaba sentado á la popa del bagel en la mayor inquietud, insistió con empeño en que los batederos debian vogar toda la noche para aprovechar la claridad de la luna. Ellos le respondieron que no era costum-

que humilló al Austria, fué la base del derecho público europeo y de la libertad germánica, y estableció una especie de equilibrio entre las potencias de la Europa.

bre vogar por la noche; pero habiendo prometido el comerciante una buena suma de dinero para el patron y sus camaradas, consintieron en hacerlo: fin de acelerar su viage.



Al amanecer el siguiente dia arribaron á una pequeña aldea que estaba situada á las orillas del rio. El patron suplicó á los aldeanos que recojiesen al niño, se informasen en las aldeas vecina

del paradero de su madre , y se lo llevasen , haciéndoles ver que esta seria de su parte una buena accion y una obra de caridad. Pero los aldeanos le respondieron que era un encargo demasiado pesado el de averiguar á quién podia pertenecer aquel niño. « Bien podia ser, decian, que nos fuese imposible encontrar á su madre, y entre tanto tendríamos que criarlo y mantenerlo á nuestra costa; y en verdad que nos basta con nuestras propias miserias para haber de cargar de propia voluntad con las de los otros.»

Bien pronto se descubrió á la otra parte del rio una aldea mas distante de la orilla , y que parecia grande y rica. El patron quiso presentarse al alcalde ó al cura, para rogarles que se encargasen del niño; y dió al efecto la orden de acercarse á tierra; pero de repente Mr. Wahl exclamó todo ater-

rado: «Escuchad: ¿No ois el ruido del cañon? El enemigo está cerca de nosotros, y no podemos perder un solo momento. Adelante! adelante con el bajel.» Temiendo que al fin el niño viniese á quedar á su cargo, el patron se opuso en esta ocasion á Mr. Wahl, y se hubiera armado una séria contienda entre los dos, si la esposa de este último, muger de un carácter dulce y conciliador, no se hubiera interpuesto entre ellos. Acercóse á su marido y le dijo al oído con toda la buena intencion y la bondad de alma que le eran propias: «Llevemos con nosotros este hermoso niño, y de esta suerte al mismo tiempo que haremos una obra de caridad, se concluirá el objeto de esta contienda.» Este medio conciliatorio hizo sonreir á Mr. Wahl, que dijo al instante al patron. «Ea pues, yo me encargo de este niño, y cuidaré de

él en lo sucesivo.» Esta resolución satisfizo al capitán, y todos los que se hallaban á bordo elogiaron á porfía la buena acción de Mr. Wahl.

La embarcación arribó sin contratiempo á la ciudad de Viena. Mr. Wahl, compró en ella una magnífica casa, y restableció su comercio: hizo dar una brillante educación á Antonia, su hija única, y concedió á Augusto permiso para que fuese á su escuela y aprovechase las lecciones que aquella recibía. El niño, á pesar de su tierna edad, manifestó bien pronto una inteligencia tan clara, é hizo tan rápidos progresos en sus estudios, que escitaba continuamente la admiración de sus maestros. Era, además, tan humilde, tan dócil, tan complaciente y tan cariñoso, que Mr. Wahl y su esposa, llegaron bien pronto á amarle como á hijo propio. Los buenos princi-

pios que su madre le habia inculcado, y el santo temor de Dios que habia fomentado siempre en su alma, echaron cada vez raices mas profundas y se fortificaron en él de dia en dia.

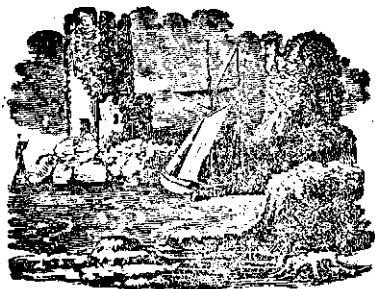
Observando con placer Mr. Wahl que Augusto manifestaba grandes disposiciones para el comercio, le procuró los medios de instruirse en todo lo que constituye la ciencia del comerciante, y despues de este noviciado le colocó en su mismo escritorio.

Augusto supo contribuir muy pronto al buen éxito de todas sus operaciones comerciales. Antes de llegar á los veinte años se hallaba ya en estado de manejar con tino y seguridad los intereses de su padre adoptivo. Mr. Wahl estendió de dia en dia sus relaciones y su influencia. Se encargó de los suministros de vestuarios para la tropa, y aunque nunca hizo sino ganancias lícitas,

llegó á juntar inmensos caudales. Entonces tuvo ocasion de conocer cuanto debía á la prudencia, el acierto y la probidad de su hijo adoptivo; y creyó que debia darle por su parte la recompensa merecida. La niña Antonia se habia hecho ya una muger y estaba linda y graciosa por demás, así como su alma se conservaba pura y sin mancha: Mr. Wahl la dió á Augusto en matrimonio. Terminada la guerra, y deseando el Emperador premiar los grandes servicios de Mr. Wahl y de su hijo, les concedió títulos de nobleza, permitiéndoles tomar el título de Señores de Walheim. Los padres adoptivos de Augusto no pudieron disfrutar mucho tiempo de su dicha, porque murieron bien pronto uno despues de otro, aunque con el consuelo de ver á su hija feliz y contenta. Augusto, una vez arreglados y puestos en buen

orden todos sus negocios, trató de adquirir en Baviera ó en Suavia alguno de esos magníficos castillos que la guerra habia hecho abandonar, y que se vendian entonces á un precio muy bajo (1). Despues de haber hecho un viage con el único objeto de verlos, y de habérsele ofrecido un considerable número de ellos, compró el hermoso Señorío de Neurkirch, que por

(1) Las orillas del Rhin, además de las magnificas y pintorescas vistas que presentan, ofrecen todavía á los ojos del viajero numerosas ruinas de esos antiguos castillos arruinados por la guerra y que el tiempo parecia respetar dejándolos para siempre suspendidos en aquellas rocas inaccesibles.



su grande estension y la belleza de su territorio, le mereció entre todos la preferencia. Hizo en él al momento las obras necesarias para habitarlo, y volvió á buscar á su muger y á sus hijos para fijarse en él definitivamente.

Cuando Antonia llegó con su esposo á estos nuevos países, y vió los de-

sastres que en ellos habia ocasionado la reciente guerra, no pudo menos de affigirse y de compadecer la desgraciada suerte de los que antes los habian habitado. Veíanse por todas partes multitud de casas destruidas, otras que amenazaban una próxima ruina, y por último grandes porciones de terreno incultas y baldías. «Oh! y qué gentes tan desgracias! esclamaba á cada momento con las lágrimas en los ojos; preciso es que les socorramos en cuanto esté de nuestra parte.» Augusto se alegró de que su esposa abrigase los mismos sentimientos que él, y se apresuró á satisfacer las mas urgentes necesidades de aquellos desgraciados habitantes. Dió maderas para labrar, adelantó dinero, hizo comprar semillas y animales de labor que distribuyó entre los que carecian de todo recurso, y bien pronto, merced á

III.

En tanto que Augusto de Walheim se habia hecho, como acabamos de verlo, un rico y poderoso señor, su madre, la buena Teodora, habia pasado los mayores trabajos, y una vida bien dura y penosa, aunque siempre sostenida por la confianza en la misericordia de Dios.

Muy poco tiempo despues que habia perdido á su hijo Augusto en el bosque, la guerra estendió su teatro hácia la parte del Danubio en que ella habitaba, y aquel territorio vino á ser completamente invadido por los extranjeros. Teodora abandonó su cabaña y se retiró á la aldea donde residia su hermano, que era el poseedor de la casa parterna; pero tampoco pudo permanecer allí largo tiempo, por-

que de resultas de una reñida batalla fué convertida en cenizas toda la aldea y abandonada por la mayor parte de sus habitantes : la casa de Teodora sufrió la misma suerte que todas las otras; y su hermano, arruinado por este desastre, se dedicó á ganar su vida con la pesca.

Teodora se retiró entonces á la casa de su hermana, que residia cerca de quince leguas de la aldea, y recibida por esta con el mayor agasajo, se quedó en su compañía ayudándole á cuidar de su numerosa familia. Vivian las dos hermanas en la mejor y mas perfecta armonia, consolándose recíprocamente en las penas y las privaciones que les habia ocasionado la guerra, cuando muchos años despues recibieron de su pais una carta de su hermano, diciéndoles que su muger habia muerto, que sus dos hijas se ha-

hian casado en el extranjero durante la guerra, y que suplicaba á Teodora que se viniese en su compañía para cuidar de su casa. Teodora partió con efecto para reunirse á su hermano, y asistirle con sus cuidados.

Apenas hubo llegado á la aldea, cuando se dirigió á la floresta para volver á ver el haya que contenia aquella hermosa imágen que la precipitacion de su huida no le habia permitido llevar consigo. Pero cuán variado y trastornado lo halló todo! El camino que conducia á su choza no se conocia ya, segun lo cubierto que estaba de copudos cipreses y otros arbustos. En aquellos parages en que á su salida no crecian mas que matorrales y yerbas, se elevaban unos hermosos árboles, con abundante ramage, y todos los que ella habia dejado antes de partir habian desaparecido completamente. Ya no

quedaba ni el menor vestigio de su cabaña de madera, ni aun era posible dar con el sitio en que estuvo colocada, porque aquel mismo parage se hallaba ahora poblado de árboles. Teodora se cansó por largo rato buscando el haya donde tanto habia llorado; penetró á través de todas las espinas y los matorrales del bosque, y reconocia todas las hayas que en él veia. «Aun cuando no encontrase ya aquella linda imágen, decia, conoceré el árbol por la escavacion que en él hice para colocarla.»

«No os canseis tan en balde, buena madre, le dijo un anciano que andaba por el bosque juntando ramas y arbustos secos: ese árbol no existe hace ya mucho tiempo. El mismo cambio que tanto os ha sorprendido al volver á la aldea, ha tenido tambien lugar en el bosque. Así como los que

á nuestra salida dejamos niños son ya hombres, los que entonces eran jóvenes son viejos ahora, y los viejos han abandonado ya este mundo; así tambien los árboles nuevos han reemplazado á los viejos y los viejos ya no existen. Todo pasa momentáneamente en esta vida, y los hombres van aun mas de priesa que los árboles. Ninguna morada fija y estable hallaremos nunca sobre la tierra, y por eso debemos aspirar á habitar cuanto antes la que nos está destinada en el cielo.» El venerable anciano se alejó despues de pronunciar estas palabras, y Teodora perdió la esperanza de volver á encontrar su árbol.

Mr. de Walheim residia á muchas leguas de distancia, y sin embargo el bosque y la aldea en que ahora residia Teodora, estaba tambien comprendida en sus bastos dominios. Un dia quiso

llegar hasta allí con el objeto de distribuir leña y madera á los aldeanos para su provision de invierno. Como el bosque estaba sumamente espeso por no haberse hecho ninguna corta en mucho tiempo, y habia ya muchos



árboles viejos, Augusto asistió por sí mismo á la distribucion para que no se cortase la madera sino con conocimiento

y con la mejor economía; y queriendo así mismo ver por sus propios ojos si cada uno recibia la parte que le tocaba, habia hecho reunir á todos los padres de familia, y les iba dando un árbol á cada uno. Teodora habia venido en vez de su hermano, y en el orden de la distribucion vino á tocarle el árbol delante del cual estaba Mr. Walheim. Acercóse respetuosamente y le suplicó que perdonase á su hermano por no haber venido en persona, en razon á hallarse enfermo y no poder salir de la cama. Bien lejos estaba Mr. Walheim de figurarse que esta pobre muger tan mal vestida fuese su madre, y mucho menos podia esta sospechar que aquel rico señor que tenia delante, lleno de vida y de belleza, vestido con un traje de paño fino y con los dedos cubiertos de brillantes, era el hijo que tanto habia llorado. Este experimentó sin embargo un sentimien-

to de profunda compasion hácia aquella muger, y mandó que se derribase el árbol para dárselo.

El guarda-bosques quiso al pronto oponerse á esta órden: «es una lástima, decia, que se le dé un árbol tan hermoso: los álamos y los abedules son muy á propósito para lo que quieren estas buenas gentes; y las hayas deberían conservarse para su señoria y la servidumbre de su castillo.» Mr. de Walheim le miró con aire severo y le dijo: «No debemos dar á los pobres tan solo aquello que no queremos, sino que aun es de nuestra obligacion partir con ellos lo mismo que buscan los ricos, siempre que lo necesiten. Este árbol corresponde á la hermana del pobre enfermo, y yo quiero ademas que se corte á espensas mias, y que la madera se haga trozos y se lleve hasta la puerta de su casa. Manos á la obra

inmediatamente , y que la madera de esta muger se prepare antes que la mia.»

Dichas estas palabras se alejó para evitar que le diese las gracias. Teodora le miraba con los ojos bañados en lágrimas y dijo para sí : « Dios bendiga á este buen señor.» Después continuó su camino.

Asi la madre y el hijo , que se habian visto por la última vez ea este sitio veinte años antes , acababan de encontrarse de nuevo , é iban á separarse para siempre , si Dios no hubiera cuidado de favorecerles con un rasgo de su continua providencia.

Dos leñeros aplicaron en seguida sus hachas al árbol, que vino á tierra con gran estrépito , y en el momento de caer exclamaron repentinamente . « ¡ un milagro ! ¡ un milagro ! » El tronco al caer se habia roto por su parte inferior, que

era la mas débil , y desprendido un pedazo de la corteza , habia descubierto la imágen tan buscada por Teodora. Sus colores estaban frescos y bien conservados , y el marco de oro brillaba , al recibir la luz del sol , como si estuviese rodeado de una aureola de fuego. Los leñeros eran unos jóvenes que no conocian la historia de aquella imágen. « El modo como pueda haber venido á este árbol , es inesplicable , se decian unos á otros. Por fuera de su tronco no se ve abertura alguna : él estaba todo forrado en su corteza , y cubierto de musgo como los demás árboles del bosque. Es una cosa inaudita , extraordinaria , inconcebible ; no puedo ser mas que un milagro. »

Al oír las exclamaciones de todas aquellas gentes , se acercó á ellos Mr. Walheim , que apenas se habia alejado unos cien pasos de distancia , y que se

ocupaba aun en inspeccionar la distribucion de los árboles. Tomó la imágen en sus manos, y se puso á considerarla atentamente. En efecto, dijo al cabo de un corto rato; esta imágen es muy bella, y yo me atrevo á asegurar que es una obra maestra en el arte. Esta figura pálida y decaida, esa mirada dolorosa fija en el cielo, ese traje encarnado y los plieges del manto azul están preciosamente concluidos. Por los demás, es muy fácil concebir como ha podido hallarse dentro de este árbol; alguna alma piadosa habrá hecho una escavacion en el tronco y colocádola en ella; y la corteza, como sucede generalmente en esta clase de árboles, habrá vuelto á crecer poco á poco, hasta cubrirla enteramente.

Pero Mr. Walheim cambia repentinamente de color, y la mano con que tenia la imágen empieza á temblar fuer-

temente. Oh si! exclamó; esto es maravilloso! La profunda emocion que acababa de experimentar le obligó á sentarse sobre el tronco del árbol echado á tierra: habia vuelto el cuadro por el revés y halló en él escritas estas palabras.

«El año 1632 del nacimiento de Jesucristo y dia 10 de octubre, vi por la última vez debajo de este árbol, á Augusto, mi hijo único, de edad de cinco años y tres meses. Dios sea en su compañía y le proteja en todas partes; y que este divino maestro, así como consoló á María anegada en llanto al pié de la cruz, se digne conceder algun consuelo á mi, Teodora Sommer, tambien, como María, madre desconsolada.»

Un recuerdo interesante se presentó en este momento á la imaginacion de Mr. Walheim. Este niño perdido, dijo para sí, soy yo: el nombre y la fecha prueban claramente que fué mi

madre la que colocó en este sitio esta imágen. Teodora, que acababa de saber por una vecinâ la noticia que tanto habia sorprendido á toda la aldea de la imágen encontrada en el tronco del árbol, corrió al instante á donde estaba Mr. Walheim. ¡Oh bondadoso señor, le dijo, dadme esta imágen, si lo teneis á bien, porque á mí me pertenece; dádmela, sí, yo os lo suplico. Vedlo; mi nombre está aun escrito en ella: nuestro buen Cura lo escribió á instancias mias, y añadió tambien, accediendo á mis ruegos, todo lo demás que dice ese letrado. ¡ Oh triste de mí! continuó llorando amargamente y mirando el árbol ya caido: ved aqui el haya á cuya sombra dormia Augusto un sueño dulce y apacible antes que me lo arrebatasen para siempre! Cuántas veces, despues de mi regreso á este sitio, he pasado por delante de este

árbol sin conocerle! Oh! Augusto mio! yo vuelvo á ver aun el lugar en que mis ojos te contemplaron por la última vez: oh! ya no te veré mas! Ya no podré ni aun suspirar junto á tu sepulcro!

El llanto la impidió continuar sus tristes quejas. Mr. de Walheim, que habia visto su nombre en la imágen que tenia en la mano, quedó fuera de sí al conocer que esta pobre muger era su madre. Su corazon latia con la mayor violencia, y quiso mas de una vez arrojarle en sus brazos esclamando: «¡madre mia!» Pero se detuvo temiendo que una alegría tan grande y tan repentina le causase la muerte. Tomóle amistosamente la mano, enjugó sus lágrimas con su pañuelo blanco, trató de consolarla lo mejor que pudo, hasta que poco á poco llegó á decirle que su hijo vivia, que él le conocia y trataba, y que muy pron-

to le vería en sus brazos. Después de estas precauciones y cuando ya le pareció que podía descubrirse, le dijo: «yo soy ese hijo que habeis perdido:» La madre se arrojó en sus brazos dando un grito de alegría: «Tú!» le dijo: y los sollozos le impidieron articular mas palabras.

Ambos se mantuvieron largo rato abrazados y en silencio. Esta interesante escena arrancó lágrimas de ternura á todos los concurrentes.

«Madre querida, dijo en fin Mr. Walhein: Dios ha oído la suplica que le habeis hecho por mí, y que habeis dejado escrita en esta bella imágen. El ha estado siempre en mi compañía, y me ha favorecido en todas mis empresas. Pero tambien ha escuchado los ruegos que le habeis hecho por vos misma; os ha consolado como consoló á María, os ha restituido vuestro hijo,

y ha permitido que lo volvais á ver aun sobre la tierra. En este árbol es donde nos separó hace tantos años y en el mismo sitio nos vuelve á reunir otra vez para siempre. Sin duda ha querido conservar esta imágen para que fuese el instrumento de nuestra reunion; y sus sabias providencias nos han manifestado bien claramente que todo lo que hace es siempre para nuestra mayor felicidad.»

Sí, exclamó Teodora, eso es muy cierto. El te separó del seno de tu madre, porque conoció que yo quizá no consagraba á tu educacion todo el cuidado necesario. El te ha vuelto de nuevo á mis brazos para que seas el apoyo de mi vejez y hagas la felicidad de este desgraciado pais. Oh! todo lo que Dios hace respira siempre sabiduría y amor. Todos los concurrentes unieron á ella sus votos, y die-

ron gracias á Dios por sus bondades. Mr. de Walheim dijo al guarda-bosques que fuese á advertir al hermano de Teodora que no la aguardase hasta el dia siguiente en que iria á verlo con su hijo. Teodora suplicó á su vecina que en el entre tanto asistiese con el mayor esmero al enfermo, y en seguida Mr. de Walheim hizo aproximar su carruage, ayudó á su madre á subir á él, se sentó á su lado, y partió al galope hácia el castillo en donde le esperaba á Teodora un nuevo motivo de regocijo. Mucha vergüenza le costaba á esta última el presentarse á su nuera con aquel traje tan modesto y tan pobre; pero Antonia tenia unos sentimientos demasiado elevados para fijar en ello la atencion, y al verla se arrojó al momento en sus brazos, la abrazó con la mayor ternura, y se creyó muy feliz al co-

nocer por fin á la madre de su adorado esposo. Teodora lloraba de alegría al encontrarse en aquel estado; y cuando Augusto le presentó á sus dos niños Fernando y Maria, rubios y hermosos como dos ángeles, creyó morir de puro gozo. «El dolor que mi corazón ha sentido en otro tiempo, decia, es inexplicable; pero el gozo que ahora siento lo es mas todavía. Yo no puedo hacer mas que llorar, y dar gracias al Señor por su bondad. Oh! buen Dios si ya sobre la tierra eres capaz de conceder á los mortales una felicidad tan grande ¿qué será cuando estén cerca de tí en el cielo? Allá nos espera ciertamente una dicha eterna y tan grande como nunca la hemos conocido.

A la mañana siguiente Mr. de Walheim mandó poner su coche y se dirigió con su madre á la casa del enfer-

de su hermano hasta que se restableció enteramente , y despues se volvió á habitar en el castillo para siempre, porque Augusto y Antonia no quisieron separarse mas de ella. A todos los hermanos de Teodora se les aseguró una pension considerable. Mr. Walheim y su esposa prescindian de tal manera de las necias preocupaciones del mundo , que jamás les ocurrió la idea de avergonzarse de la pobreza de sus parientes. Al contrario , un dia los convidaron á comer á todos , padres, madres , hijos y nietos , obligando á Teodora á colocarse en el asiento de preferencia. Estas buenas gentes quedaron encantadas de la amable acogida con que se los recibió , y de sus ojos se desprendian lágrimas de ternura y de gratitud.



Augusto y Antonia, procuraron informarse de sus necesidades y de sus deseos, y no dejaron ninguno por satisfacer. Cada uno de los dos tuvo su parte en estos beneficios, de suerte que los jóvenes esposos se hicieron bien pronto el ídolo de los habitantes de sus dominios, que les bendecían á cada momento, en justa gratitud á la felicidad que de ellos habían recibido.

Mr. de Walheim hizo colocar e sitio preferente de su gran sala imágen hallada en el bosque. Este rá para nosotros, decía, un recue continuo de la bondad de Dios y exhortacion para que confiemos en La espresiva mirada que María dir entristecida hácia el cielo, debe l cernos elevar hácia él nuestro coizon; porque ¿quién mejor que el cu pudiera, en medio de los continuos b zares de la vida, librarnos del pecad dirigirnos al bien, y apartar de nos tros los males que pudieran sucederno



EL GANARIO.



I.



N aquella época desastrosa en que se desmoronó y vino á tierra la antigua Monarquía francesa, envolviendo en su ruina tantas y tan distinguidas fa-

milias ; vivia el caballero de Erlau con la suya á la otra parte de las crillas del Rhin. Era este caballero tan humano y generoso como virtuosa y amable su

esposa; y sus dos hijos, llamados Cárlos y Lina, se parecían en un todo á sus pa-



dres. A la primera noticia de esta tormentosa revolucion que costó tanta sangre y tantas lágrimas á la Europa entera, abandonó el señor de Erlau la capital, y se fué á habitar un castillo retirado que poseia en el departamento del Bajo Rhin. Allí, solitario en me-

dio de una aldea que le pertenecía, y exclusivamente consagrado al cuidado de sus posesiones que rodeaban por todas partes vistosas colinas, abundantes viñedos, campos fértiles en granos y árboles frutales de toda especie, vivía con su familia, enteramente extraño á los grandes sucesos que se agitaban en el mundo y en el seno de una paz inalterable. Sus vasallos, que le amaban como á su bienhechor, se regocijaban al verle permanecer tan largo tiempo entre ellos, acostumbrados, como estaban, á tenerlo cerca de sí tan solo algunas semanas en cada año. Las utilidades que les proporcionaba su larga mansion en la aldea, eran indecibles: y aunque todo el terreno que la rodeaba parecía ya, antes de su venida, un continuado jardín; sus desvelos y su cuidado le convirtieron bien pronto en un ameno paraíso.

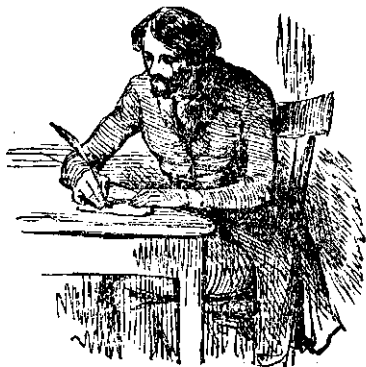
Este excelente padre cifraba todas sus delicias en consagrarse á la educacion de sus amados hijos. Ningunos momentos eran para él tan agradables como aquellos que empleaba en instruirles en la religion, único poder capaz, en su concepto, de acostumbrar al hombre á la verdad, de darle un verdadero valor, hacerlo feliz y consolarlo en sus tribulaciones y en la hora de su muerte. Su esposa, á quien animaban iguales sentimientos, no dejaba de asistir nunca á estas lecciones, y su corazon piadoso y sensible hallaba siempre alguna juiciosa observacion que añadir á las palabras de su marido. Este hablaba siempre con un acento de profunda emocion, acerca de aquella época de turbacion y de desórden, en que todo era preciso esperarlo de la divina Providencia y de la justicia de Dios: y madama de Erlau por su parte, al

mirar aquellos inocentes niños que debían unirse algún día á una sociedad tan desorganizada, y al pensar en aquel amor dulce é inefable que absorve en sí todos los demás, no podía menos de derramar lágrimas mezcladas de dolor y de alegría, comunicando á sus palabras un fuego sobrenatural y una deliciosa ternura. Sus niños la escuchaban con la mayor atención, y se enternecían muchas veces al oír la hablar: de suerte que en medio de tan dulce intimidad, esta virtuosa familia pasaba una vida feliz y pacífica, á despecho de la horrorosa tormenta que asolaba los reinos vecinos.

Además de estas instrucciones religiosas, que consideraba como las más importantes para formar el corazón de sus tiernos hijos, este excelente padre no se descuida en procurarles todos aquellos conocimientos que tan

necesarios son en el comercio del mundo; antes por el contrario se dedicó con el mayor esmero á cultivar sus entendimientos, enriqueciéndolos con aquellos tesoros que hacen despues el encanto de la vida. Paseia el señor de Erlau, entre otras habilidades, la de tocar perfectamente el clave, y su voz era tan melíflua, que solo su esposa podia competir con él en el canto, cuyo arte poseia con perfeccion. Asi que enseñó á su hijo Carlos á tocar el clave, y el canto á su hija Lina.

La música y las canciones llegaron á hacerse con el tiempo el recreo habitual de aquella familia durante las largas veladas del invierno. Una noche de las últimas de esta estacion, estaba reunida toda la familia en un salon bien iluminado y abrigado, alrededor de su clave favorito. El Señor de Erlau se habia entretenido en componer una cancion



ara sus hijos: le habia adaptado un aire
 vil y agradable , y el acompañamiento
 staba dispuesto de manera que los pe-
 ños dedos de Carlos alcánzassen á eje-
 itarlo en el clave. Madama Erlau e sta-
 r ignorante de todo esto. Despues que
 la hizo resonar su voz pura y melo dio-
 en un trozo original , que su marido

le acompañaba con el violín, exclamó este: «ahora os toca á vosotros, Cárlos y Lina: obsequiadnos, pues, con vuestro gracioso concierto.» Cárlos se sentó entonces al clave, comenzó á tocar, y su hermana con una voz débil, pero llena de gracia, cantó con mucho sentimiento, aunque algo trémula, los versos que siguen:

Yo no perderé el valor
Ni en la misma adversidad,
Porque á ti, Dios de bondad,
Tributo mi puro amor.

Cruza el rayo fulgurante
Y el firmamento estremece;
Mas hablas tú y enmudece
El orbe todo al instante.

Si tu brazo omnipotente
El mundo destruye un día,
Adorará el alma mía
Tu voluntad reverente.

Feliz quien el sacrificio
 Te ofrece del corazon:
 A su eterna salvacion
 Fabrica el santo edificio.

Yo no perderé el valor
 Ni en la misma adversidad,
 Porque á ti, Dios de bondad,
 Tribulo mi puro amor.

Encantada quedó la señora de Erlau al oír á sus queridos hijos; ningun concierto, en medio de la corte y de los salones de palacio, le habia hecho sentir nunca tan dulces emociones: tendió los brazos á sus dos niños y exclamó con la mayor emocion: «Dios, que os ha protegido hasta aquí, será mas tarde vuestra guia y vuestro apoyo.»

En este momento se abre precipitadamente la puerta del salon; y algunos guardias nacionales, armados y vestidos con sus uniformes, se pre-

cipitan en él, trayendo su gefe un decreto de prision contra el señor de Erlau y la órden de llevarlo sin tardanza á una de las prisiones de la capital. En este decreto se decia que el señor de Erlau era partidario de la Monarquía y enemigo de la libertad. Los ojos del oficial que lo traia eran negros y animados de una espresion siniestra: manteníase de pié en una actitud amenazadora, y todos los ruegos, las lágrimas y las súplicas de la señora de Erlau y de sus dos niños, que se arrojaron á sus pies intercediendo por su buen padre, no fueron capaces de alterar su continénte brusco y severo. Todos sus llantos y sus esfuerzos fueron inútiles, y en vano solicitaron la espera de un dia, ni de una hora siquiera para preparar los objetos necesarios al que vá á ser constituido en una prision por un tiempo.

indeterminado. El desgraciado padre se vió obligado á partir inmediatamente; su muger lo estrechaba en sus brazos; sus hijos abrazaban sus rodillas; pero él se desprendió con valor de tan caros objetos, y siguió á los guardias nacionales que lo esperaban para conducirle á su prision, situada á poca distancia del castillo.

La desesperacion de la señora de Erlau y sus dos hijos llegó á su colmo cuando le vieron partir. Toda aquella noche se mantuvieron en vela, procurando que no se difundiese la noticia de aquel arresto en la aldea, donde el señor de Erlau era amado como un padre. Destrozada por el dolor y levantadas sus manos al cielo, se sentó por fin la señora de Erlau en un sillón, y sus niños se abrazaron á ella llorando. Entonces, volviendo en sí y dirigiéndose á ellos, les dijo: «No per-

damos, hijos míos, la confianza que debemos tener en Dios. El es quien nos envía las desgracias que nos agovian; pero también nos dará fuerzas que basten á soportarlas. Este triste suceso que nos desespera, vendrá á encaminarse por su bondad á un buen fin, y no tardará en lucir para nosotros un día de contento. Consolémonos, pues, y llenos de confianza digamos á cada momento; ¡Oh Dios todopoderoso, hágase siempre tu voluntad!»



II.

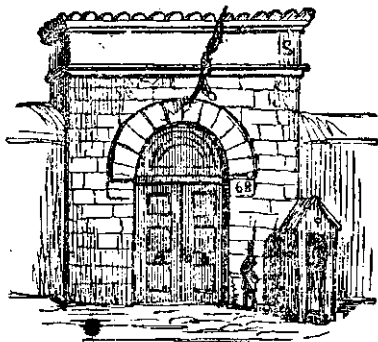


A señora de Erlau no se ocupaba de otra cosa que de los medios que debía emplear para salvar á su marido, á cuyo efecto se dirigió á la ciu-

dad tan pronto como vió sus puertas abiertas. Corrió en casa de los jueces, y les aseguró de la inocencia del conde; invocó el testimonio de todos sus ve-

cinos, é hizo ver como vivia tranquilo y separado del mundo sin mezclarse en asuntos políticos de ninguna especie. «Todos nuestros vasallos pueden atestiguarlo» decia, arrojándose á sus pies; pero su dolor y sus ruegos produjeron el mismo efecto que si los hubiera dirigido á seres inanimados. Todos aquellos á quienes se presentó permanecieron frios é impasibles, sin haber podido obtener de ellos ni aun el permiso de visitar á su marido en la prision. Todo lo mas que logró saber fue que pereceria dentro de algunos dias en el cadalso.

Tres habia empleado la señora de Erlau en todas estas diligencias; y cuando volvió á su castillo, lo halló todo ocupado por soldados.



Estos se habian apoderado del dinero que habia en él, habian saqueado el edificio y lo habian hecho cuartel. Se le prohibió absolutamente la entrada, y tuvo que alejarse de él con el corazon traspasado de dolor, llamando por todas partes á sus hijos, y sin que nadie supiese qué habia sido de ellos y de sus criados. La noche se acercaba entre tanto

y la pobre señora no sabía qué hacer, ni adónde dirigir sus pasos.

En estos momentos se encontró con ella Ricardo, su antiguo y fiel servidor, que acercándosele con el mayor interés le dijo: Vos no sabéis, sin duda, mi noble y excelente señora, que correis gran peligro de ser arrestada de un momento á otro. Las gentes que han invadido vuestra casa han dejado escapar en mi presencia algunas expresiones sugeridas por su despecho y que revelaban la injusticia, la crueldad y la opresion mas tiránica, oculta bajo la máscara y las apariencias de libertad. No teneis, señora, otra salvacion que una pronta huida: en mi habitacion sería imposible ocultaros: no lo es menos para vos el salvar á vuestro esposo; y el permanecer aqui mas largo tiempo no serviría mas que para perderos. Vuestros niños están

seguros en mi casa. Seguidme, pues. Mi hermano el pescador, que habita junto á la orilla del Rhin, está ya prevenido. Yo os llevaré esta noche á su cabaña, y él os conducirá con vuestros hijos á parage seguro hácia la otra parte del Rhin.»

Accediendo á estas insinuaciones la señora de Erlau, se decidió por fin á refugiarse en casa del buen Ricardo, cuya habitacion estaba situada en medio de la aldea; pero un nuevo motivo de pena le esperaba allí. Lina se habia conmovido de tal suerte con las catástrofes ocurridas en el castillo, que el dia mismo en que su madre salió de él para pasar á la ciudad, se vió obligada á quedarse en cama. Su enfermedad habia hecho progresos hasta aquella noche, en términos que una fiebre ardorosa abrasaba la sangre de la pobre niña, y deliraba sin conocer

siquiera á su madre. Esta no quiso ya separarse del lecho en donde veia prostrada á su querida hija, hasta verla enteramente restablecida por sus mismos cuidados; pero el médico, que estaba presente, la disuadió de esta idea. «Vuestra presencia seria inútil, le dijo, porque su enfermedad durará ya muy poco, y vuestra hija no pertenece ya á este mundo. La muerte se ha apoderado de ella, y vuestro deber es ahora el de pensar en vos misma.»

Desesperada, pálida y con los ojos inundados en lágrimas la triste madre se mantenía al lado de su hija, sin poder decidirse á abandonarla. El médico le dirigió algunas palabras con el fin de animarla, y la tomó suavemente del brazo para sacarla fuera de aquella casa. Ella dió con efecto algunos pasos hácia la puerta, pero volviendo atrás precipitadamente se echó llorando en

los brazos de su hija esclamando con acento de desesperacion. «No, mi querida hija, yo no puedo abandonar-te. Poco importa á tu madre su desgraciada existencia. Quiero morir contigo.»

El viejo Ricardo y su buena muger la suplicaban juntando sus manos que partiese sin tardanza, prometiéndole que cuidarian de su hija como si fuese suya propia. «Ya está bastante entrada la noche, dijo Ricardo: á favor de su oscuridad es muy posible escapar de la persecucion de esos malvados. Cada minuto de tardanza aumenta el peligro, y podria costar la vida, no solo á vos, mi buena señora, sino á mi muger y á mí mismo. El recibir en su casa una persona sin conocimiento de la autoridad es ahora mirado como un gran crimen, y se castiga con la pena de muerte.

Sea en buen hora! exclamó entonces

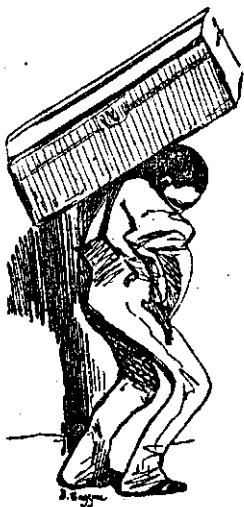
la desgraciada madre dirigiendose á su hija; toda vez que yo no puedo servirte de nada en este mundo, y que mi presencia no haria mas que causar la ruina de estas buenas gentes, me alejo de este sitio, recomendándote á la Providencia divina. A Dios, mi querida, mi adorada Lina! Sube á la mansion de la paz, á aquella morada en donde la inocencia está libre de persecuciones, donde el llanto es desconocido, y nadie turba la paz de los corazones que aman á Dios.

El niño Carlos, que habia permanecido al lado de su madre, tomó llorando la mano de su hermana, y le dijo: «Sé feliz, mi buena Lina, que eres ya llamada al cielo en medio de los ángeles: allí estarás mil veces mejor que en este mundo, en donde estamos condenados á vivir en continuos temores y agonías. Oh! que no pudiese

yo partir tambien en tu compañía!»

La señora de Erlau se arrodilló antes delante de aquel lecho de dolor y levantando los ojos al cielo, exclamó con una profunda emocion: «Dios mio! recibe en tu seno á esta infeliz víctima digna de toda tu compasion:» y despues de un momento de silencio se levantó precipitadamente, abrazó á su hija, tomó á Cárlos de la mano, y se dirigió á la puerta, trémula y conmovida, sin volver la vista hácia atrás.

En aquel momento la pobre señora habia ya tomado una firme resolucion. Su fiel criado la habia provisto, sin conocimiento suyo, de los objetos necesarios para el viage, y, cargado con el fardo que los contenia, caminaba



no sin gran trabajo. La desgraciada madre le seguía con otro paquete bajo el brazo y daba la mano á Carlos que llevaba también un saco de poc

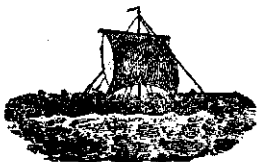
peso. La oscuridad de la noche, y el fuerte viento que se habia levantado, favorecian no poco su fuga; y además la lluvia caia á torrentes sobre los tres infelices viajeros. «Este viento, esta lluvia, y esta profunda oscuridad, dijo el viejo Ricardo despues de haber guardado todos el mayor silencio, son señales visibles de la misericordia del cielo. Ellos nos sustraen á la vista de nuestros perseguidores. Si la luna brillase corriamos peligro de ser descubiertos muy fácilmente. Asi, lo que ahora nos parece un contratiempo, se convierte en utilidad nuestra. Lo mismo sucede con todas las penas, las amarguras y las tribulaciones de esta vida.»

Llegaron por fin á la morada del pescador, y entraron en su reducida cabaña, toda llena de humo, en medio de la cual ardia una pequeña lámpara

que la iluminaba con débil claridad. El buen hombre les recibió con una cariñosa franqueza, y mientras que con la ayuda de Ricardo echaba al agua su bote, su muger servia á los nobles proscritos algunos alimentos comunes. Llenos ambos de terror y transidos de frio, apenas conservaban aliento para comer. Ricardo y su hermano no tardaron en volver, y entonces se pusieron en camino para ganar el rio. La luna, que estaba entonces en su cuarto menguante, acababa de salir en aquel momento; y asomando de tiempo en tiempo por entre las espesas nubes que la velaban, neutralizaba un poco con su plateada luz el triste efecto de la oscuridad de la noche. Un frio mortal se apoderó de la señora, cuando en medio de una noche tan tormentosa se acercó á las orillas del rio, y le vió, engruesado por las aguas de la

lluvia , levantar espumosas oleadas que se movian al viento de la tempestad , y mas aun al verse precisada á entrar con su hijo en aquella débil barca que apenas bastaba á contener dos personas . Los dos hermanos procuraron infundirle valor ; y el pescador , saltando animoso á la barquilla y tomando los remos , exclamó poseído de una confianza religiosa : ¡ Dios nos llevará sanos y salvos á la otra orilla ! Entonces Ricardo se despidió de su noble señora y le entregó una caja de tabaco , un relój de oro y dos anillos , todos guarnecidos de piedras preciosas , que habia conseguido salvar en el saqueo del castillo . Además le entregó algun dinero que habia ahorrado de su sueldo , pero sin decirle que era cosa suya . Despues le besó respetuosamente la mano que regó con ardientes lágrimas , estrechó en sus brazos sollo-

zando al inocente Cárlos y dijo : «oh mi adorada señora : yo soy muy viejo, y veo quizá por la última vez á vos y á vuestro querido hijo. Nada puedo hacer en vuestro favor ; pero Dios no os abandonará. El alargará vuestra vida para que disfruteis aun dias venturosos. Sois demasiado bienhechora para que la desgracia pudiera afligiros tan largo tiempo. Yo os acompañaria gustoso ; ¿pero quién sabe si quedándome podré hallar todavía algun medio de salvar á nuestro buen amo ? Por lo menos he de intentarlo con todas mis fuerzas.» Al decir estas palabras se despidió llorando amargamente. La señora de Erlau, bañada tambien en lágrimas, le recomendó eficazmente que le diese noticias de su marido y de su hija. Ricardo le prometió hacerlo así, y le ayudó á entrar en la barca en compañía de su hijo Cárlos.



Cuando la embarcacion se hubo alejado á alguna distancia, Ricardo cayó al suelo de rodillas y levantando las manos al cielo, exclamó: Oh Dios clemente, permitid que lleguen con felicidad á la otra orilla. Yo permaneceré de rodillas implorando vuestra bondad hasta que mi hermano me traiga la noticia de que están fuera de todo peligro. Quiera Dios que pueda anunciar algun dia á mi digna señora la salvacion de su marido y de su adorada hija.

III.



NUESTROS fugitivos habian atravesado el Rhin sin contratiempo alguno y se hallaban por fin libres de todo riesgo. Pero no les era posible continuar largo tiempo en un pais donde los emigrados estaban continuamente espuestos, y en el que para colmo de desgracias principia-

ban ya á sentirse el estruendo de las armas y los horrores de la guerra. La señora de Erlau se decidió á seguir la direccion que le habia indicado Ricardo, y á entrar en la Suiza, bajando por el Rhin; pero sus recursos pecuniarios se agotaban de dia en dia. Un viage hasta la Suiza le pareció demasiado caro, y entonces, siguiendo el consejo que le pareció mas prudente, se dirigió hácia la Suabia y entró en el Tyrol á pocos dias de camino. Allí encontró por la mediacion de una persona caritativa, un viejo que consintió en recibirla en su cabaña así que llegase.

Púsose en camino sin dilacion con su hijo Carlos, y acompañados de un guia que llevaba su escaso equipage, despues de haber subido montañas escarpadas, y atravesado profundos vallados llegaron por fin á uno estrecho cubierto de abundantes pastos

en medio de las rocas cuyo aspecto tenía algo de imponente y magestuoso. Hacia el lado derecho aparecían á la sombra de una gran roca, y como suspendidas en el aire, algunas cabañas de madera, cubiertas con unos techos casi llanos; en medio de ellas se elevaba el campanario de una pequeña capilla, cuyo tejado de madera había sufrido mucho de los recientes temporales. A la izquierda se divisaba un sombrío bosque poblado de pinos, y á su espalda dos montañas que escondían sus cimas entre las nubes y estaban cubiertas de nieves perpétuas. Después de algunos minutos de marcha por la asomada del valle, el guía se detuvo, y señalando con el baston hacia un punto de lo interior y mas profundo del mismo, le dijo: «¿Veis allá abajo una roca enteramente negra? Pues allí vive el anciano que debe

recibiros en su cabaña.» La señora de Erlau suspiró tristemente, y despidiéndose de su guía bajó el estrecho sendero que conducía á lo profundo del valle.

El Tirolés que les esperaba, anciano todavía alegre y bien conservado, la recibió con las mayores muestras de aprecio y de cariño. El desconocía absolutamente los perfiles de la etiqueta y la diferencia entre el *tu* y el *usted*. Sin embargo, tenía muy buenos modales, y era incapaz de saltar á lo que exige la buena crianza. Así, para manifestar á la forastera la consideración que le merecía, se había puesto su vestido de los domingos; pantalón de paño gris, chaleco color escarlata, y á la cabeza un lindo sombrero verde adornado con una pluma de gallo: «Dios sea en vuestra compañía» dijo á la señora cuando la vió

entrar; «yo tengo la mayor complacencia en poder ofreceros mi pobre casa.»

Su muger estaba de pié delante de la puerta de la cabaña. Tambien se habia vestido con mucho aseó para presentarse á la señora, y despues de secarse las manos en el devantal blanco, porque venia de las faenas de cocina, se acercó á ella y le dijo.



«Dios te ampare y sea en tu ayuda; buena muger. La cena está ya pronta, pero hay muy poco dispuesto para satisfacer tu apetito. Entre nosotros no hay mas alimentos que leche y manteca, pan de avena y patatas.»

El viejo Tirolés hizo entrar á la señora en una habitacion oscura, cuya pequeña ventana daba vista al bosque de los pinos y á las des montañas cubiertas de nieve. Todo el mueblage de esta pieza consistia en una mesa, un banco, un par de sillas de madera de pino y una cazuela de barro, toda cubierta de musgo. A un lado de la habitacion habia una alcoba muy reducida y sin mueble alguno. Sin embargo, la señora de Erlau dió gracias á Dios de haberle deparado aquel asilo.

Ella supo acomodarse perfectamente á lo que exigian las críticas circunstancias en que se encontraba; se ocu-

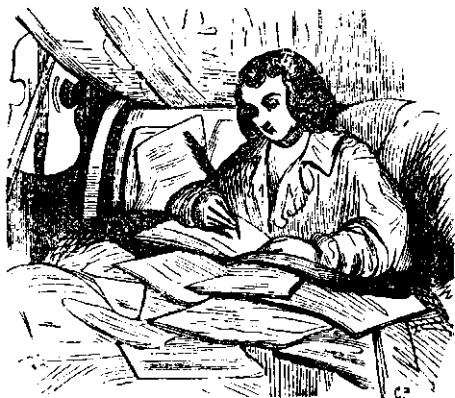
paba por sí misma en hacerse la comida , y pasaba lo demás del tiempo bordando y cosiendo. De esta manera supo utilizar las horas que cualquiera hubiera perdido en aquella soledad; pero lo que no sabia era cómo dar una ocupacion á su hijo Cárlos ; este era su mayor apuro. Ella no podia instruirle por si misma , no obstante que su educacion estaba ya comenzada , y que Cárlos sabia algo de latin , porque le faltaban los libros. Una mañana que estaba entregada á estas melancólicas reflexiones , comenzó á sonar la campana de la capilla, y la buena Tiroleza entró precipitadamente en su cuarto para decirle que el señor cura de la aldea que caia hácia la otra parte de la montaña iba á celebrar aquel dia el santo oficio de la Misa. Cárlos y su



madre corrieron á la iglesia, donde oyeron al cura un sermón, que aunque corto, penetró hasta lo íntimo en el corazón de la pobre madre. Cuando se concluyó el oficio divino, se pusieron los dos á hablar con este sacerdote, que era un hombre lleno de inteligencia y animado de una verdadera devoción y una ardiente caridad. Este le prometió que daría á su hijo todos los libros que le fuesen necesarios, y que

le daría también una lección de escribir á la hora del mediodía , si el niño quería tomarse la incomodidad de atravesar la montaña.

Cárlos escuchó esta proposición con el mayor gusto , y se alegró mucho de ver que ya tenía medios de ocupar su tiempo en el estudio.



Apenas concluía de almorzar cuando tomaba los libros bajo del brazo , átravesaba corriendo la montaña y se dirigia á la casa de su buen profesor; pero cuando las lluvias caian en abundancia durante muchos dias, era imposible que Cárlos fuese tan lejos á tomar su leccion; y para este caso la sabiduría de su madre le habia procurado un inocente recreo.

Habia por aquella época en el Tirol muchos canarios , que habian vendido en el valle algunos estrangeros. El viejo Tirolés tenia una jaula llena de pájaros , entre los cuales habia tambien algunos de aquellos , y Cárlos habia suplicado á su madre que le comprase uno de ellos , en atencion á su poco coste. «Lina tenia uno igual en el castillo , le decia; cómprame tambien á mí uno , y así en medio de estas rocas y de estos bosques tendre-

mos un motivo de recordar continuamente á nuestra querida patria.» La buena madre consintió en ello gustosa, y el niño escogió en la pajarera el canario mas lindo, y el que mas se parecia al que su linda hermana tenia en el castillo.

Cárlos estaba sumamente satisfecho con la posesion de aquel pajarito, vestido de plumas de un bello color pajizo, con unos ojitos negros y brillantes, y que no tardó mucho en familiarizarse con Cárlos, viviendo á pasar en su mano y comiendo de sus mismos labios las migajas de pan que él ponía en su boca. Cuando Cárlos escribía, el pajarito venia al lado de él, y se entretenia en arrancar las barbas de la pluma, y picotearle los dedos; de suerte que aunque el niño gustaba mucho de estos juegos, se veia muchas veces obligado á encer-

rarlo en su jaula porque no le interrumpiese en su trabajo. A poco tiempo principió á cantar y Cárlos no se cansaba de admirar su preciosa voz. «Es necesario enseñarle algún aire, le dijo el viejo Tirolés; pero Cárlos creyó que lo decia de chanza, ignorando que se pudiese enseñar á cantar á los pájaros. El viejo sacó entonces de su bolsillo un flautin, le tocó una contradanza y enseñó á Cárlos á poner los dedos para que él tambien la tocase. Cárlos quedó encantado del sonido claro y penetrante del instrumento, que aprendió á manejar bien pronto con ayuda de sus conocimientos músicos, tocando al poco tiempo con la mayor facilidad todos los aires que oia. Escogió, sin embargo, entre todos ellos el que le agradaba mas al oido, y á fuerza de tocarlo todos los dias delante de su ca-

nario, llegó por fin á tener la agradable sorpresa de oírsele repetir á con la mayor esactitud y sin una sola falta: Carlos no pudo entonces contener su gozo y su madre le dijo riéndose: haz tú de manera que apudas tus lecciones con tanta esactitud como este pajarito repite la le has enseñado.» El canario y la flauta hicieron pasar en lo sucesivo ratos muy agradables á Carlos y á su madre y les servían de un agradable consuelo cuando el viento y las lluvias los obligaban á encerrarse en su triste calabozo.

Sin embargo, esta noble señora separaba un instante de su imaginacion á su marido y su hija, cuyos tristes recuerdos la hacian pasar dias tan amargos, y largas noches de desconsagradas al llanto y á la desesperacion. En vano procuraba por todos medios imaginables alguna noticia

tan caros objetos , porque las únicas que podían recibir de Francia se reducían á los asuntos de interés público de que se ocupaban los periódicos que el cura tenía la bondad de enviar á Carlos una vez á la semana. Un dia vino este último precipitadamente con ellos;



recorriólos con ansiedad , y dijo á su madre : « El señor cura no ha tenido tiempo para acabarlos de leer ; pero ha visto lo bastante para saber que traen buenas noticias. La señora de Erlau comenzó entonces á leerlos con el mayor interés , y vió que con efecto , las noticias de la guerra eran sumamente lisongeras. Esto le hizo concebir la esperanza de volver pronto á su patria querida ; pero al fin del periódico venia una lista de los nobles que debian ser decapitados por su adhesion á la antigua monarquía , y entre ellos vió desgraciadamente el de su marido , Enrique Erlau. Un grito de horror se escapó de los labios de la señora , como si un rayo la hubiese herido en aquel momento. El periódico se le cayó de la mano y ella vino al suelo sin sentido : en este estado permaneció largo rato , hasta que las gentes

de la casa , acudiendo á los gritos de Cárlos, lograron volverla en sí. Sin embargo , este golpe mortal le causó una enfermedad de la que todos desconfiaban de salvarla , al mismo tiempo que su hijo Cárlos , que no se separaba un solo instante del lado de su madre , se desmejoraba por momentos. El viejo Tirolés decía muchas veces , sacudiendo la cabeza con un acento de profundo dolor. «El otoño que se acerca cubrirá con sus hojas el sepulcro de la pobre madre , y su hijo no alcanzará quizás la próxima primavera.



IV.



RICARDO, el antiguo y fiel servidor de la familia de Erlau, habia esperado á la orilla del Rhin la vuelta de su hermano, y este le habia asegurado por fin de que la travesía se habia hecho con toda felicidad. Tranquilo ya sobre este punto, su mayor deseo era arrancar á su amo de las garras de la muerte, porque miraba como la ma-

yor de las injusticias el que la fidelidad del señor de Erlau hacía su legítimo rey hubiese de costarle la vida.

Presentóse á la mañana siguiente en la ciudad, donde tenia un hijo llamado Roberto, que servía en la guardia nacional. Este excelente jóven, lleno de fuerza y de valor, estaba con mucha frecuencia de guardia á la puerta de la prision en donde gemia el señor de Erlau, y Ricardo esperó con fundamento que esta circunstancia fuese favorable á sus miras. Ambos formaron de comun acuerdo diferentes proyectos para salvar al prisionero; pero todos fueron desechados despues de un maduro exámen. Per último, resolvieron que Roberto estuviese siempre á la mira, á fin de aprovechar la primera ocasion que se presentase; pero su paciencia fué inútil y sus esperanzas iban perdiéndose por momentos.

Por fin el señor de Erlau vino á ser condenado á muerte despues de un largo cautiverio. La sentencia debia ejecutarse al dia siguiente por la mañana, y este buen padre, affligido y desesperado, se había sentado en un rincón de su encierro, ocultando su rostro entre las manos. No habian cuidado tampoco de traerle luz, de modo que en su prision reinaba la mas profunda oscuridad. Allí pensaba tristemente en su muger, y sus hijos, de los cuales no habia recibido noticia alguna, y cuya triste posicion le affigia mucho mas que su propia suerte. Sin embargo, repetia aun en este momento las palabras que habia pronunciado al escuchar su sentencia de muerte. «Cúmplase, Dios poderoso, tu voluntad sobre la tierra!»

Todos sus pensamientos se dirigieron entonces hácia el Eterno. «¡Dón-

de encontraré yo , decia, un consuelo en esta última noche de mi existencia , sino en el seno de tu bondad, oh Dios de clemencia!» Tu voluntad divina se cumplirá sobre mí y sobre mi familia. Si tú te compadesces de la suerte de mi querida esposa y de mis hijos , tu bondad me reemplazará para con ellos , y les consolará en su afliccion. Por lo que á mí toca , lleno de confianza en tu misericordia llevaré tranquilo mi cabeza á ese cadalso , teñido ya con la sangre de mis amigos ; pero si tu quieres aun reunirme á ellos por un momento , y es fácil á tu poder abrir las puertas de mi prision , y arrancarme del poder de mis enemigos , entonces mi vida y la de mi familia se consagrará toda entera á tributarte un eterno reconocimiento.

En tanto que estas tristes ideas

aflijian el corazón del prisionero, se dejó sentir un ruido bastante fuerte á la entrada de su prision, y la puerta se abrió bruscamente. Llenóse todo de humo en un momento, y la llama de un voraz incendio iluminó de repente el interior de la prision. Un soldado jóven se presentó entonces al caballero Erlau y le dijo: ¡Salvaos, señor, que esta es la voluntad de Dios!

Este soldado jóven era Roberto. Y efectivamente, por una imprudencia de los otros soldados que habian bebido demasiado, se habia prendido fuego á la parte de la prision donde se hallaban los detenidos por asuntos políticos. Los soldados que estaban de guardia dejaron al momento sus armas y sus trages militares para correr á sofocar el incendio. Roberto se habia aprovechado de esta circunstancia, habia cogido el uniforme de uno de los

soldados, y con él se dirigió á la prision del caballero Erlau.



«Poneos pronto esta casaca, le dijo Roberto al mismo tiempo que le ayudaba á entrar el brazo, le colocaba en la cabeza un morrion adornado de plumas, con su cucarda tri-

color, le ataba un sable á la cintura, y le ponía un fusil en la mano. La barba larga y espesa, que no se habia cortado una sola vez en el tiempo de su prision, daba al caballero Erlau un aspecto fiero, propio de los soldados de aquella época, y un aire muy marcial. Ahora, le dijo Roberto, bajad con valor la escalera y salid por la puerta principal. Con este trage creo que saldreis sin obstáculo alguno. En seguida podeis dirigiros á casa de mi padre, que os espera en casa de mi tio el pescador.

La entrada del jóven soldado en la prision habia sido para el señor de Erlau como la aparicion de un ángel, y sus palabras le parecian un aviso bajado del cielo. Pronto adoptó el aire que convenia á su trage, y con el mayor desembarazo se uni6 á todos los demás que salian cargados de cubos de

agua para apagar el incendio, gritando con voz imperiosa; «paso, paso;» hasta que llegó por fin á verse en la calle. Ya no era posible retroceder, y esta consideracion le infundia un valor sobrenatural que precipitaba sus pasos. Dirigióse en derechura hácia una de las puertas de la ciudad y salió sin obstáculo alguno, gracias al cuidado que tuvo Roberto de decirle la consigna.

Eran ya las doce de la noche cuando llegó á la casa del viejo pescador. Llamó al postigo de la ventana, y saliendo este á abrirle, quedó no poco asombrado de verle, porque no reconoció en aquel militar al caballero Erlau. Imaginóse al pronto que vendrian á prenderlo, porque su adhesion hácia la familia de Erlau le habia acarreado muchas enemistades en aquel pais; pero cuando reconoció en el disfra-

zado al caballero Erlau, llegó al colmo su alegría, y dando gracias al cielo por tan feliz encuentro, le introdujo al momento en su habitación. Ricardo, que había permanecido en vela durante muchas noches aguardando este *momento feliz*, se precipitó en sus brazos exclamando: «Oh mi buen amo!» y los dos lloraban al verse reunidos de aquella manera tan inesperada. La primera pregunta del caballero Erlau fue sobre el paradero de su esposa y sus dos hijos. Ricardo le respondió que Carlos y su madre estaban en parage seguro; que Lina había estado muy mala, pero que su salud se hallaba ya enteramente restablecida, y que la tenía allí, en su compañía. Lina, que dormía en el cuarto de al lado, se despertó con los gritos de alegría del buen Ricardo; y reconociendo la voz de su padre, se le-

vantó y se precipitó en sus brazos, llorando de gozo; al mismo tiempo sus mejillas frescas y sonrosadas se humedecían con las lágrimas que aquel placer tan inesperado hacia derramar á su buen padre.

Después de estos primeros desahogos de alegría y de cariño; el caballero Erlau se decidió á atravesar el Rhin aquella misma noche y huir de un país que si en otro tiempo habia sido para él de paz y de felicidad, ahora solo ofrecia el espectáculo de asesinatos y muertes sangrientas; y quiso abordar el suelo germánico en la misma barca que poco antes habia servido para la evasión de su muger y su hijo. Al momento se puso en camino con Lina, yendo delante el pescador y detrás Ricardo, que llevaba un fardo al hombro. Hacia una hermosa luna,



y el cielo estaba vistosamente estrelado. Acercábanse todos al río, ca-

minando con precaucion y guardando el mas profundo silencio, y ya la barca, oculta bajo la sombra de algunos arbustos, estaba dispuesta para su fuga, cuando á pocos momentos oyeron á sus espaldas una descarga de mosquetería, y muchas voces que gritaban á la vez. «Alto! Alto!» Era que los soldados de la prision del caballero Erlau habian notado su fuga así que se apagó el fuego, y habian salido en su persecucion. Aproximábanse mas y mas los perseguidores, y los fugitivos se quedaron medio muertos de miedo; pero corriendo con todas sus fuerzas hácia la barca, y habiendo conseguido al fin llegar á ella, el caballero Erlau se precipitó dentro llevando á Lina en sus brazos, Ricardo saltó detrás, se apoderaron ambos de los remos y se alejaron prontamente de la orilla. El pescador no pudo ha-

llar cabida dentro de la barca, y se escondió en el hueco del tronco de un antiguo sauce.

La barca no estaría aun á cuarenta pasos de la orilla, cuando llegaron los soldados al rio. Al momento hicieron fuego sobre los fugitivos, y las balas pasaron silvando junto á los oídos de la pobre Lina, que se asustó extraordinariamente; pero su padre la colocó en el fondo de la barca y los dos remeros redoblaron sus esfuerzos á fin de ganar la orilla opuesta. Otra nueva descarga atravesó el sombrero del caballero Erlau, y dos balas atravesaron el remo que manejaba Ricardo. La débil barca vaciló con este empuje, y estuvo cerca de sumergirse; pero al fin consiguieron llegar sanos y salvos á la otra orilla.

El caballero Erlau se arrodilló en el momento de saltar en tierra para

dar gracias á Dios por aquella salvacion casi milagrosa; y en seguida se sentaron todos en el tronco de un árbol caído para descansar un instante de su penosa tarea. Despues de un momento de reposo, se levantó Ricardo, que no queria ver á su señor en un parage donde se hallaba tan espuesto á caer en manos de sus enemigos, tomó su baston de camino y su pesada maleta,



y echó á andar el primero para dar ejemplo. El caballero Erlau y Lina le siguieron, y tomaron el camino que atraviesa las escarpadas montañas de la Suabia, llamado del bosque-negro, á causa de las sombrías florestas de ábetos de que está poblado todo el país.



V. •



El único deseo del caballero Erlau era ya el de encontrar lo mas pronto posible á su querida esposa. Ricardo conocia á un arrendatario en las cercanías del bosque-negro, y se dirigió desde luego á su casa, con ánimo de permanecer en ella algunos dias, y prepararse á emprender un viage mas largo. Pero

apenas habia entrado en aquella cabaña el caballero Erlau, cuando ya hablaba de ponerse otra vez en camino. No puedo tener un instante de reposo, le dijo á Ricardo, hasta que no llegue á ver á mi muger y mi hijo. Tú me has dicho ya varias veces que se habian retirado á la Suiza; ¿pero cómo podremos llegar hasta allá? La pobre Lina no puede pasar á pié un camino tan largo, y nuestros escasos recursos no nos permiten alquilar un carruage.»

Al oir estas palabras sacó Ricardo una bolsa llena de oro y la puso sobre la mesa: «No sois tan pobre como creéis, mi buca señor, le dijo con aire satisfecho: este oro es todo vuestro.» El caballero Erlau miraba alternativamente al oro que contenia la bolsa, y á su fiel criado. «Cuando estábais en la opulencia, dijo Ricardo continuando, no habéis cesado un ins-

tante de hacer el bien. ¡Qué de dinero no habeis repartido entre los desgraciados que os rodeaban por todas partes! pues bien: yo he reservado una parte de estas limosnas mientras que vos gemiais en el fondo de una prision y la señora de Erlau erraba por estrañas tierras. Hay muchos hombres, como he tenido ocasion de conocerlo, en los cuales el reconocimiento y la probidad son cualidades innatas; y así yo he encontrado muchos hombres de bien, que no solo no han rehusado pagar lo que debian, sino que han querido dar aun demás, movidos de reconocimiento y amor hácia su buen amo. Enrique de Erlau contó entonces el dinero: Oh! aquí hay mucho! exclamó levantando los ojos al cielo. ¿Cuánto te parece que podrá durarnos?—Podremos hacer grandes economías, dijo Ricardo, sin perjuicio de tomar un

coche para llegar cuanto antes á Suiza.

Ricardo compró un caballo y un carrito que cubrió con un toldo rayado para ponerlo al abrigo del viento y de las lluvias. Pusieronse con esto en camino, y él andubó á pié durante todo el viage á pesar de los continuos ruegos de Lina y de su padre porque subiese al carruaje, á los cuales se negaba constantemente. Llegaron por fin á Suiza; pero en ninguna parte logró Enrique adquirir noticias de su esposa. Todas sus diligencias fueron inútiles, y esto le llegó á convenirle de que habria tomado otra direccion. Volvieron pues hácia atrás y se introdujeron de nuevo en la Suabia.

Los malos tratamientos que en prision habia sufrido el caballero Etlau, las agonías de una condenacion á muerte, los temores y las penas que le habia acarreado su fuga, junto co

el cansancio y las fatigas continuas del su viage, habian llegado á agotar sus fuerzas, en términos que su salud estaba enteramente quebrantada. Vióse precisado á guardar cama por algunos dias, y con este motivo se detuvieron en una pequeña ciudad que atravesaban, hasta su total restablecimiento.

Ricardo alquiló con este objeto un cuarto compuesto de tres habitaciones y su cocina; compró los muebles necesarios para el servicio, y su larga experiencia en todo lo que hacia relacion á los asuntos domésticos, le puso en disposicion de dirigir con acierto todo este pequeño menage. Lina le ayudaba con el mayor interés en todas aquellas faenas que no eran superiores á sus fuerzas, y en tanto que su padre se vió obligado á permanecer en cama, lo cual duró largo tiem-

po, le prodigaba los mas tiernos cui-



dades y hacia cuanto estaba en su mano por distraerlo. Cada dia queria proporcionarle alguna nueva sorpresa: ya era algun plato que ella misma habia aderezado; ya alguna cancion nueva, ó ya alguna buena acti-

cia.. Su padre le daba en recompensa las mayores pruebas de cariño y de una ternura sin límites.

Llegó por fin el aniversario del nacimiento de Lina; y aquel día se fué á misa muy temprano con el objeto de dar á Dios acciones de gracias y pedirle que conservase la vida y la salud á sus buenos padres. De vuelta á su casa, halló un espectáculo tan sorprendente como bello. Estaba la ventana de su cuarto sembrada de hermosos alelíes azules y blancos, y encima de las flores una linda jaula con un canario muy parecido al que antes tenía en el castillo. El sol estaba hermoso y despejado, y sus rayos de oro hacían brillar mas todavía los bellos matices de las flores. Lina quedó sorprendida con este hallazgo, y al considerar que todo era obra del tierno cariño de su padre, se bañaron sus ojos

en lágrimas. «Yo no puedo ofrecerte hoy otra cosa mejor, mi querida hija, le dijo su padre. Cuando vivíamos en nuestro castillo era este un día de regocijo para la familia, y de fiesta para toda la aldea; pero hoy habremos de celebrarlo mas humildemente.

Ricardo habia preparado una buena comida, en la que se le obligó á tomar asiento. El caballero de Erlau que amaba á su hija con delirio, estuvo como en otro tiempo alegre y de buen humor. Al fin de la comida puso su fiel criado sobre la mesa una torta cubierta de flores y una botella del rico vino de Alsacia, su patria. Enrique bebió primero á la salud de Lina, y despues á la de su muger y su hijo: pero aquel recuerdo doloroso vino á turbar su alegría, y las lágrimas corrieron hasta su vaso. «Oh Lina! exclamó: ¿dónde estarán en este mo-

mento tu madre y tu hermano? ¿dónde celebrarán este aniversario? ¿qué les habrá sucedido en tanto tiempo? Ah! una mujer y un hijo sin un amigo, sin un protector que les ampare, están espuestos á bien grandes peligros y á las mayores desgracias. ¿Quién sabe si podremos celebrar juntos alguna vez este aniversario, que hoy nos es tan triste? Antes tenia yo una confianza inalterable en la divina Providencia; pero hoy dia paso unas horas bien amargas y desesperadas....»

El caballero de Erlau lloraba al pronunciar estas palabras. Lina se arrojó en sus brazos diciéndole para consolarle: «No te aflijas, mi buen padre: que Dios no nos abandonará: él nos reunirá aun algún dia, porque no en vano nos ha salvado de una manera tan milagrosa. Está seguro de que él vela sobre nuestra suerte.»—«Sí: él vela sobre

nosotros, dijo Ricardo enjugando sus lágrimas.» Todos guardaron entonces en silencio y hubo un momento de profunda emoción para estos tres corazones.

El canario lo interrumpió cantando el aire tan conocido de Lina.

Yo no perdere el valor
Ni en la misma adversidad;
Porque á ti, Dios de bondad,
Tributo mi puro amor.

Lina quedó asombrada de oír al canario, y juntando sus manos exclamó: Dios poderoso, qué quiere decir esto! Este es el primer romance que Carlos aprendió á tocar en el clave, y que yo tambien aprendí: ¿te acuerdas, mi buen padre, que lo cantábamos la noche misma en que vinieron á prenderte?—En efecto, el

caballero de Erlau, Liná y Ricardo participaban del mismo asombro, y miraban con particular atención al lindo canario. Repitió dos ó tres veces el aire, y era el mismo: no le faltaba una sola nota.

Esto es extraordinario, dijo el caballero de Erlau acercándose á la jaula.— «Gran Dios, ¿será posible que quieras restituirme por este medio á mi amada esposa y á mi hijo querido? Porque solo ellos han podido enseñar á este pájaro ese airecillo, aunque no comprendo como lo habrán conseguido. Dime, Ricardo, ¿en dónde has hallado este pájaro?»

Ricardo le respondió que lo habia comprado el dia anterior á un jóven Tirolés.—«Pues haz cuanto esté á tu alcance por hallar á ese jóven, le respondió Enrique. Quizá nos suministre algun indicio favorable.» Ri-

cardo tardó en volver un largo rato, que Enrique y su hija pasaron en la mayor inquietud. ¡A qué estremidad se habrán visto reducidos; dijo Enrique, cuando han tenido que recurrir á vender este pajarito! Quizá se hayan muerto ya, y esta sea la única memoria que de ellos nos quede!

Ricardo volvió por fin con el Tiroles sin haber podido descubrir nada que pudiese indicarles el paradero de la señora de Erlau y su hijo. Aquello habia comprado á un pastor que



apacentaba ganados en el Tirol y el nombre de la señora le era enteramente desconocido. Pero á las repetidas preguntas de Enrique el jóven Tirolés vino á decir que habia en su pais una muger y un niño tales como él le esplicaba y que era muy posible que hubiera sido de ellos aquel canario. Dijo que todos los domingos veia á esta muger en la iglesia, y que habia encontrádo varias veces al niño, viniendo de la casa del cura, donde iba á tomar leccion, figurándose que ya debia estar muy adelantado, porque llevaba siempre á la espalda un grueso paquete de libros atados con una correa. El jóven Tirolés pintó con tal exactitud el porte y las facciones de la señora de Erlau y de su hijo Carlos, que todos exclamaron trasportados de alegría: «¡son ellos, sí; son ellos!» y dieron gracias á Dios

por los medios maravillosos de que se habia servido para revelarles el paradero de los que tanto tiempo andaban buscando. El caballero de Erlau se enteró con el mayor cuidado del lugar en donde vivia su muger y del camino que conducia á él, y dió al jóven Tirolés, que no volvia en sí de asombro, un doble thaler (1), para recompensarle por las buenas noticias que les habia traído.

Procedióse en seguida á los preparativos del viage. Enrique habia olvidado en aquel momento su enfermedad, y la alegría que experimentó con las noticias del jóven Tirolés contribuyeron mas á su restablecimiento que los cuidados del mejor médico. Lina ayudó á su padre á empaquetar

(1) Cerca de seis francos.

su equipage, y Ricardo se puso á habilitar el carruaje habiendo recobrado otra vez su caballo que un posadero del pueblo le habia mantenido por largo tiempo sin retribucion alguna, aunque con la facultad de servirse de él para su uso. A la mañana siguiente muy temprano salieron en direccion al Tirol, y no olvidaron llevar consigo al canario. Colgaronlo en uno de los arcos de madera que sostenian el toldo de territo, y el placer de oír de cuando en cuando su cancion favorita, hacia parecer mas corto el tiempo á los desasosegados viajeros.



VI.



NRIQUE y sus compañeros de viaje llegaron felizmente en su modesto carruaje á la aldea en cuya parroquia estaba situada la cabaña de la roca-negra.

El caballero de Erlau se dirigió desde luego á la casa del cura, y este le confirmó en todo lo que el jóven Tirolés le habia dicho. Su muger

y su hijo vivian aun; pero hoy día, le añadió el buen pastor, aquella se consume en el mas profundo dolor; cree á su esposo ya muerto, y esta idea há cerrado enteramente su corazón á toda esperanza de felicidad. Ahora acaba de salir de una larga enfermedad que le ha producido su desesperacion y su disgusto; pero su convalecencia será lenta y penosa.

El caballero Erlau le preguntó entonces como habia llegado á sus oídos esta fatal nueva. El cura fué á buscar un paquete de periódicos, tomó uno y se lo dió para que lo leyera. Enrique vió, con efecto, por sus propios ojos que el periódico tenia la fecha del día en que él debia ser ajusticiado. Y aunque este hecho le sorprendió á primera vista, no tardó en esplicárselo de una manera satisfactoria. En esta época de confusión

y de desórden no tenia nada de extraño una irregularidad semejante. Por lo mismo creyó ó que se habrian olvidado de borrar su nombre de la lista de los ajusticiados, ó que no habrian querido hacerlo sin duda porque, suponiéndole muerto, no se sospechase que habia huido de su prision.

El caballero de Erlau sintió en su alma el mas vivo dolor al considerar que esta falsa noticia habia sido la causa de la desesperacion de su esposa, y que podia quizá originar su muerte; y encargó al cura por lo mismo que se valiese de los medios que juzgase mas á propósito para informarla de la salvacion y de la vuelta de su marido. Convino con el caballero Erlau en lo que debian hacer al efecto, y todos tomaron juntos el camino de la roca-negra, no obstante lo avanzado de la hora y el mal tiempo que

hacia. En todo el día no había cesado de llover, y ya comenzaba á nevar con abundancia; porque en este país se anticipa mucho el invierno. Sin embargo, bien pronto llegaron á la cima de la montaña y desde allí descubrieron en el fondo del valle los techos cubiertos de nieve de algunas cabañas que componian aquel miserable lugar. Sentáronse á descansar un momento sobre una roca resguardada por algunos árboles, cuyas ramas pobladas de hoja é inclinadas á manera de un toldo ponian aquel sitio á cubierto del agua y de los vientos. Ricardo solo se dirigió hácia la cabaña que el buen cura le había señalado desde allí:



La señora de Erlau, vestida con su traje de duelo, estaba sentada en aquel momento junto á la chimenea, cuyo fuego comenzaba á iluminar la habitación, falta ya de la luz del día. Ocupábase en bordar, y Carlos leía á su lado en alta voz. Al ver á su fiel Ricardo con los cabellos cubiertos de nieve, dió un grito horroroso, y el bordado se le cayó de las manos. Corrió precipitadamente hácia él, bañados sus ojos en lágrimas de alegría y de dolor, y le recibió con tanto cariño, como si hubiese vuelto á ver su á mismo padre. Carlos tampoco acertaba á volver en sí de sorpresa, y ambos hicieron sentar á Ricardo en una silla de madera que su hijo habia acercado á la chimenea.

Ah! Ricardo! exclamó cuando le vió ya sentado junto al fuego; ¡quién me hubiera dicho que habíamos de volver á vernos en tan triste situación.

Ah! déjame que guarde un profundo silencio sobre la muerte del mejor de los hombres, porque este recuerdo es demasiado penoso para mí. ¿Y Lina? Habrá muerto, la pobre niña, como el médico lo predijo.... Quizá su gracioso semblante no es ya á estas horas mas que polvo y cenizas! «Ricardo le respondió que el médico le había dado como segura la muerte de su hija por decidirla mas fácilmente á que se alejase de un pais donde su vida estaba en el mayor peligro; pero que Lina no había tardado en restablecerse, y sus mejillas estaban cada dia mas frescas y sonrosadas. La pobre madre no pudo contener su alegría. «Pero ¿por qué no la has traído contigo? le dijo fijando en él una triste mirada: ¿por qué no la has sacado de aquella desgraciada tierra, en donde no se puede contar con una hora de existen-

cia? ¿Cómo has podido ponerte en camino sin ella, y no la has traído?...» No pudo decir más porque la puerta de su cuarto se abrió de repente y Lina vino á precipitarse en sus brazos. Carlos se abrazó también á ella y á su madre; y no hubo lágrimas más dulces que las que derramó esta madre feliz al estrechar de nuevo contra su seno á sus dos hijos queridos.

Pero la tristeza no tardó en venir á interrumpir aquellos momentos de alegría. Oh! por qué has dejado tú de existir, mi buen Enrique! dijo levantando al cielo sus ojos humedecidos de lágrimas. Cuán completa sería en este momento mi felicidad si tú vivieses! Sí, mis queridos hijos, vosotros no sois hoy sino unos pobres huérfanos, y vuestra presencia misma llena de dolor el corazón de vuestra desgraciada madre; porque ¿qué podrá hacer por

vos en el mundo una pobre viuda sin un amigo ni una persona que la ayude con sus consejos?

Ricardo empezó entonces á prepararla poco á poco para la grata noticia que debía darle, y felizmente la halló mas tranquila de lo que habia esperado. El placer de ver á su antiguo y fiel servidor Ricardo, y el mas grande todavía de estrechar entre sus brazos á su hija querida, la habian ido preparando poco á poco y sin violencia para poder ver sin peligro al esposo que creía ya muerto. El caballero de Erlau, trémulo y agitado, estaba ya hacia largo rato á la puerta de la cabaña escuchando desde allí cuanto en ella pasaba.

Apenas la señora de Erlau llegó á comprender por las palabras de Ricardo que su marido vivia aún, exclamó con el acento de la mas viva alegría: «El vive!... Oh! Dios sea mil veces bendecido por

de su esposa : esta , que le habia creído muerto hasta aquel instante , y que le veia de repente vivo y en su presencia , experimentó al verle una emocion terrible. Asustada y trémula como si temiese que no era su esposo el que veia , le miraba fijamente sin poder articular una sola palabra que expresase el colmó de su alegría y de su felicidad ; por fin , rompiendo el silencio , exclamó : Oh qué dicha tan grande nos espera allá en el cielo , cuando volvamos á ver tantos seres queridos , cuya muerte lloramos hoy sobre la tierra !

El caballero de Erlau , su muger , Carlos y Lina , el venerable cura y el fiel Ricardo pasaron junto al fuego una noche deliciosa ; el viejo Tirolés y su esposa tambien tomaron una parte muy activa en esta dichosa reunion.

Algunos dias despues llegó á la ca-

baña un nuevo huésped, que era el que despues de Dios habia contribuido mas á la reunion de esta dichosa familia. Era este el canario, que Ricardo habia dejado en casa del pastor y que durante la enfermedad de la señora de Erlau se habia escapado una mañana que halló una ventana abierta. Carlos, que no habia vuelto á saber de él despues de su escapada, se alegró extraordinariamente al verlo; y el caballero de Erlau contó entónces á su muger la manera como el pajarito les habia hecho descubrir el lugar de su retiro; y esta al oír los detalles de tan maravilloso encuentro, elevó sus ojos al cielo, juntando sus manos y esclamando. «Oh Dios clemente! tú eres quien has dispuesto esta feliz reunion; tú te has valido de este mensajero para dar á conocer á mi marido el oscuro rincón del Universo en que

yo pasaba una triste existencia. Si el pájaro no se hubiese escapado, yo hubiera pasado todo este invierno sumergida en el mas profundo dolor.

Cárlos unió sus acciones de gracias á las de su piadosa madre. ¿No es cierto, le dijo, que tuve yo una feliz idea enseñándole este cantar? Y lo que ciertamente yo no esperaba cuando me desesperaba tanto por su pérdida, es que Dios me lo hubiese quitado para restituirme con él á mi padre y á mi hermana. Esto me enseña que de una pequeña desgracia puede Dios hacer nacer una gran felicidad.

—Tienes razon, mi buen Cárlos, le dijo su padre. Así Dios nos ha despojado ahora de nuestros bienes temporales para proporcionarnos otros mas preciosos. Su pérdida nos hará mas virtuosos; y ¿qué son los honores y las riquezas comparadas con la virtud?

Ella sola tiene un valor eterno é inestimable. Quizá algun dia nos restituirá. Dios lo que hemos perdido, como te ha vuelto á tí tu lindo canario.

El pastor á quien Cárlos habia encargado que buscase y le trajese el pájaro que se le habia escapado, lo vendió en vez de devolvérselo. Confundido se quedó al ver como este pájaro, á tantas millas de distancia y en otro pais, habia declarado el robo de que él se habia hecho culpable. «Yo no volveré á hacer jamás una mala accion, dijo este pobre muchacho, porque veo que, por mas que se oculte una falta, viene siempre á descubrirse de alguna manera.

El caballero de Erlau se decidió á pasar el invierno en la humilde cabaña del Tirolés. Ricardo se colocó en una de las cabañas vecinas, y el canario

recobró su antiguo puesto. Lina le cuidaba con mucho esmero; y á pesar de lo crudo de la estación, siempre procuró que nada le faltase. Muchas veces, cuando en alguno de los hermosos dias del invierno se reunia toda la familia en el cuarto que daba vista á la campiña, mirando aquellos alrededores cubiertos de nieve, el pajarito se ponía á cantar aquel aire que tanto les agradaba.

Yo no perderé el valor
 Ni en la misma adversidad;
 Porque á ti, Dios de bondad,
 Tributo mi puro amor.

Entonces toda la familia cantaba en coro el romance entero, y encontraban en ello un consuelo inexplicable.

Así, en medio de las penas y privaciones que experimentaron aun en lo sucesivo, tenían siempre el mayor placer en escuchar este aire, sobre todo cuanto el pajarito lo concluía con algún gracioso trino. «Confíemos, decían, en la bondad del que se ha servido de este pajarito tan pequeño y tan inocente para reunirnos de una manera tan milagrosa. El que cuenta con tantos medios para consolar á los alligidos, y que hasta aquí nos ha protegido de una manera tan visible, no dejará de socorrernos en todas nuestras necesidades.

—Sí, sí, repetía el viejo Ricardo, yo también lo creo así. Mirad aquellos pajaritos que están allá abajo muertos de frío, en medio de una espesa nieve. Ellos no siembran, ni recogen, ni tienen graneros para encerrar sus provisiones, y sin embargo tienen en el cie-

lo un padre que los sustenta. ¿Y se-
reis menos vosotros á los ojos del Todo-
poderoso? Cuando miro á este pajarito
se graban mas y mas en mi corazon es-
tos sentimientos; cuando lo oigo can-
tar, me encuentro mas esperanzado,
por contrarios que nos sean los aconte-
cimientos y por difícil que nos pa-
rezcã volver á parecer en el mundo;
porque no puede olvidarse de nosotros
el que tiene cuidado de un simple pa-
jarillo.

Esta familia pasó aun, durante mu-
cho tiempo, una vida muy penosa. Pe-
ro por fin llegó el momento en que pu-
do volver á su patria y entrar en pose-
sion de todos sus bienes. Cuando reco-
braron su fortuna fue su primer cuida-
do el de aliviar las desgracias de todos
sus amigos que habian caido en ella, y
recompensar espléndidamente al buen
Ricardo, su muger y su hijo, el apcia-

no pesador, y todos los demas que habian contribuido á hacerles algun bien, y á dulcificar las amarguras de su largo destierro.



ESTRAGTO

DEL CATALOGO

DE LA UNION COMERCIAL.

BIBLIOTECA CONTINUA.

PRECIOSA COLECCION DE OBRAS ESCOGIDAS.

Bajo este título colectivo la UNION COMERCIAL acaba de publicar una série interesantísima de tomos en 12.º con cubiertas de color impresas. Esta magnífica colección está compuesta de tres clases de obras. La primera comprende no mas que novelas y obras recreativas; la segunda obras instructivas y científicas, y la tercera obras piadosas ó de religion.

Se vende cada obra suelta á los precios señalados en el catálogo que se remitirá gratis á cuantas personas lo pidan por cartas franqueadas.

A los que tomaren toda la coleccion en rústica, cuyo precio asciende á 200 reales, se les concederá el 25 por 100 de rebaja, y por consiguiente no tendrán que pagar sino 150 rs., remitiéndoles los tomos francos de porte por el correo, y recibiendo antes de la misma manera su importe.

La misma coleccion completa y encuadernada en 25 tomos á la holandesa fina, incluida la rebaja del 25 por 100; 240 rs.

La misma en los mismos 25 tomos lujosamente encuadernados en seda con ruedas y cortes dorados, y encerrada en una hermosa caja de carton cubierta de papel morado, regalo tan magífico como delicado, 340 rs.

Es de advertir , que las colecciones encuadernadas no se pueden remitir por el correo.

URANOGRAFIA vulgar , ó sea Representacion clara y palpable del mecanismo celeste , con una breve idea de la constitucion física del sistema planetario , y una compendiosa descripcion de la astronomía sideral : puestos al alcance de todos con el recurso de comparaciones comunes y ejemplos familiares; publicala el licenciado D. José Reguero Argüelles , presbitero y prebendado racionero en la santa iglesia primada de Toledo.

La instruccion del público es el principal objeto que todo escritor debe proponerse : para hacerle participante de los conocimientos científicos; es preciso que se valga de cuantos medios le parezcan mas proporcionados , bien sea facilitando la comprension de las ma-

terias con la claridad, ó bien introduciendo mejoras en el método: á fin de conseguirlo respecto á la *Astronomía* me pareció mas conveniente el sencillo plan por el cual me guié para construir la obra que se anuncia. En ella, despues de llamar la atención sobre el primer aspecto de los cielos haciendo notar en ellos los fenómenos mas remarquables, sobre todo el movimiento diurno y el orto y ocaso de todos los astros, se procura demostrar que todo es aparente y que vulgarmente en esta parte se padecen ilusiones, engaños y errados conceptos, cuya causa y origen se dan á conocer: se desenvuelve en términos claros y concisos la teoría de la *atracción universal* de la materia y se hace una aplicación de sus resultados á los cuerpos celestes: se describe el *sistema planetario* y las particularidades de cada uno de los individuos

que le componen, señalando las distancias recíprocas del *sol* y *planetas*, la duracion del periodo de sus revoluciones, prefijando asi mismo el volumen, masa, peso y densidad de todos y deteniéndose con mas particularidad en los detalles astronómicos de nuestro *Globo* y de la *Luna* su satélite. Por los datos tomados de la observacion y de la analogía se examinan cuantas noticias mas curiosas é interesantes hay sobre la *constitucion física* del sol y de los *planetas*, tomando en consideracion la probabilidad de hallarse habitados.

En la *astronomía sideral* se presenta la magnífica idea que nos ofrece el *universo* en los innumerables cuerpos luminosos que se hallan esparcidos y diseminados en el abismo y anchuroso seno del espacio: se indica cuáles sean las principales *estrellas fijas*, y el mé-

todo mas fácil y práctico de conocer las *constelaciones*; se desentraña el banco de astros luminosos que componen la *via-lactea* y la constitucion de las demas *nebulosas*, con una relacion compendiosa de todos los descubrimientos modernos relativos á las *estrellas múltiples y binarias*.

Consta de un tomo en 8.º de 30 pliegos de impresion, 480 páginas. Su precio 10 rs. en rústica, en la librería de la *Union Comercial*, calle del Carmen, número 9.









BIBLIOTECA GENERAL

DE LA NACIÓN POR:

J. L. Estrada.....



BIBLIOTECA GENERAL

COMPRA POR:

J. L. Estrada

846.

1

ALMANAQUE ENCICLOPEDICO.